

TESTES SPEI
Ioannes Paulus II
ad Fratres Minores

Curia generalis OFM
Romæ 2005

A cura dell'Ufficio Comunicazioni OFM - Roma
Impaginazione di JA

TESTIGOS DE LA ESPERANZA

JUAN PABLO II a los Hermanos Menores





Joannes Paulus P.P. II.

PRESENTACIÓN

El itinerario previsto para la celebración del octavo centenario de la fundación de nuestra Fraternidad se propone renovar la memoria de la *Christi vivendi forma*, acogida y propuesta por san Francisco, para vivirla siempre en fidelidad al espíritu de los orígenes y a la escucha de las esperanzas y de los desafíos de la hora presente. Por tanto es un camino caracterizado de gratitud por el precioso patrimonio que nos ha sido transmitido, y por la voluntad de renovar profundamente nuestra vocación y misión, y así poder escribir nuevas y significativas páginas de nuestra historia.

Para realizar tales propósitos, el proyecto *la gracia de los orígenes* prevé etapas, preguntas, medios, gestos, que nos ayudan a dar respuestas adecuadas a: *¿quiénes somos?* y *¿qué cosa debemos hacer?* En fin, se trata de releer nuestra identidad para comprender hoy nuestro *munus* específico. Pero la ayuda puede venir también del externo de nuestra Fraternidad. No basta, de hecho, preguntarse quiénes somos y qué cosa debemos hacer, sino también conocer quiénes son los Hermanos Menores para la comunidad cristiana y para el mundo, y qué cosa se espera de los Hermanos Menores.

He aquí el sentido de la publicación *Testigos de la esperanza. Juan Pablo II a los Hermanos Menores*. Es una válida respuesta a nuestro deseo de autenticidad, y de calidad de servicio a la Iglesia y al mundo, por la misión que nuestro sentido Papa ha desempeñado en la Iglesia según el mandato de Cristo, y el brillante modo de cumplirla: ¡convencido y apasionado seguidor de Cristo hasta el fin!

A Juan Pablo II debemos gratitud por el esmero con el cual ha seguido nuestra Fraternidad, sobre todo por el amor a nuestro seráfico padre san Francisco «hombre singularmente ardiente del amor de Cristo, fiel siervo de la Iglesia, fraternal amigo de los hombres y de todas las criaturas». Como sucesor «de Inocencio III y de Honorio III, a quienes –como él dijo– vuestro seráfico Padre había prometido obediencia también por todas las futuras generaciones de los Hermanos Menores», siempre ha sido amado por todos nosotros. Por eso estimamos tanto sus palabras, y más ahora que celebramos *la gracia de los orígenes*. En el Mensaje al Capítulo general de 1997, escribió: «La referencia a los orígenes y a las fases sobresalientes de la historia de la Orden es como un paradigma del actual empeño de la Fraternidad, llamada a vivir hoy en día la misión que Dios le ha confiado, a través de la Iglesia, mediante la profesión de la Regla de san Francisco. La “memoria” del don concedido por Dios a la

Iglesia y al mundo en la persona del Pobrecillo os lleva a comprender de manera renovada las situaciones contemporáneas y a abrirnos, en continuidad dinámica, a las expectativas y a los retos del presente, para preparar con constructivo empeño el porvenir».

El magisterio de Juan Pablo II, es también importante para comprender lo que está en el centro de nuestra identidad, nuestro *munus* específico, y las esperanzas que la comunidad cristiana y el mundo de hoy alimentan en relación con los Hermanos Menores. Especialmente en los Mensajes a los Capítulos generales, el Papa ha puesto en evidencia los varios aspectos del rico tejido espiritual heredado de nuestro Fundador, o ha subrayado los principales puntos de magisterio evangélico propuestos por el Pobrecillo de Asís; ha dicho en varias ocasiones que el anuncio del Evangelio es la vocación, la misión, y la razón de ser de nuestra Fraternidad; ha recordado los fundamentos de la espiritualidad franciscana: ha invitado a la Orden a estar presente en la sociedad actual en el servicio y en el amor a los hombres, a ejemplo de san Francisco, sobre todo como testigos de esperanza, actualizando y extendiendo al mundo «el espíritu de Asís».

Escuchemos, por tanto, su exhortación paterna: «¡Hijos de san Francisco, sed hombres apasionados de Cristo y del Evangelio, hombres de oración incesante y testigos gozosos de una elección radical del Reino de los cielos... Manteneos fieles a vuestro típico carisma!».

Ayúdanos, Santo Padre, a hacer nuestras las opciones que hizo san Francisco.

Roma, 13 de abril de 2005

Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Ministro general

Plaza San Francisco, 24 de enero 2002

Hemos venido a Asís en peregrinación de paz... Nos encontramos aquí donde todo habla de un singular profeta de paz, llamado Francisco. No solo lo aman los cristianos, sino también otros muchos creyentes y personas que, aun estando alejadas de la religión, se reconocen en sus ideales de justicia, reconciliación y de paz.

Carta a la Orden con ocasión de la muerte de Juan Pablo II

Queridos Hermanos:
¡El Señor os dé la Paz!

El largo pontificado de Karol Wojtyła ha llegado a su fin, precisamente en la octava de Pascua, de acuerdo al benévolo designio de la divina providencia.

Mientras la Liturgia proclama con fuerza a Jesucristo, y toda la Iglesia canta con alegría el mensaje liberador del «primer nuevo día», el Resucitado acogió en su Reino de luz infinita a Juan Pablo II: el incansable mensajero de la Buena Noticia; el apasionado servidor del hombre; el intrépido defensor de la libertad y de la dignidad de toda persona humana.

El Señor lo ha recibido en sus brazos para decirle ahora gracias, porque según la vocación recibida, confirmó hasta el último instante, los hermanos y hermanas en la fe, con la palabra, con su vida evangélica y finalmente con la fuerza misteriosa del sufrimiento vivido, y transformado en un testimonio, que hizo de la Plaza San Pedro el «corazón de mundo». El silencio de Juan Pablo II, en sus últimos días de vida terrena, se hizo palabra elocuente, dando sentido y valor a las palabras pronunciadas, y no siempre escuchadas, en 27 años de un alto y profético magisterio.

Al gracias del Resucitado, rápidamente se unió el de la Iglesia, el de cada creyente, el de los hombres y mujeres de buena voluntad, el de las generaciones jóvenes a las que indicó siempre horizontes audaces. A este coro de gratitud, quiere unirse también nuestro gracias, como Hermanos Menores: por el particular vínculo que existe desde siempre entre nuestra Orden y el «Señor Papa»; sobre todo por el paterno y solícito cuidado con que Juan Pablo II ha seguido nuestra Fraternidad desde 1978 hasta hoy, ofreciéndonos siempre signos concretos de afecto, cercanía y aprecio.

Tendremos oportunidad de volver a su magisterio también en relación al carisma franciscano y clareano, especialmente en ocasión de los Capítulos generales. Nuestro filial reconocimiento se lo expresamos, en el momento en que «la hermana muerte» lo condujo a la Casa del Padre, recordando algunas «tareas» que ha querido confiarnos como Hermanos Menores, casi a manera de testamento espiritual: observar el Santo

Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según la forma que San Francisco hizo propia; servir y amar a los hombres siguiendo el ejemplo del Pobrecillo; anunciar el Evangelio es la vocación, la misión y la razón de ser de los Frailes Menores; saber responder a la necesidad de esperanza de los hombres de nuestro tiempo con el aporte original que emana de la experiencia característica de San Francisco; mirar a San Francisco como «forma Minorum, virtutis speculum, recti via, regula morum»; ir al corazón de las masas, como «hermanos del pueblo»; poner el Evangelio en el corazón de la cultura y de la historia contemporánea siguiendo el ejemplo de San Francisco y de la gran tradición cultural de la Orden; responder con nuestra «espiritualidad viva» a las exigencias de autenticidad y esencialidad, viviendo y dando testimonio de los valores y del carisma franciscano.

Como conmovedora despedida de este extraordinario Pontífice y para nutrir nuestra agradecida invocación al Señor, Padre de las Misericordias, nos hacemos eco de algunas de sus palabras, tomadas del Mensaje Navideño de 1986: «Oh, como son bellos los pies del mensajero que trae la alegre noticia, cuyo nombre es Francisco, el Pobrecillo de Asís, de Greccio y del Alverna, Francisco amante de todas las criaturas; Francisco conquistado por amor del *Divino* Niño, nacido en la noche de Belén. En el corazón de Francisco, Cristo comenzó a reinar, para que también por medio de la pobreza del discípulo, nosotros comprendiéramos mejor la pobreza del Maestro y fuéramos inducidos a pensamientos de amor y de paz».

¡Alabado seas mi Señor por nuestro Papa Juan Pablo II, porque «de Ti, Altísimo, lleva significación»!

Roma, 2 de abril 2005

Fr. José Rodríguez Carballo, OFM
Ministro General

Ayúdanos a acercarnos a Cristo a nuestra época

Tú, que acercaste tanto a Cristo a tu época, ayúdanos a acercarnos a Cristo a la nuestra, a nuestros tiempos difíciles y críticos.

¡Ayúdanos! Estos tiempos esperan a Cristo con gran ansia, por más que muchos hombres de nuestra época no se den cuenta. Nos acercamos al año 2000 después de Cristo. ¿No serán tiempos que nos preparen a un renacimiento de Cristo, a un nuevo Adviento? Nosotros manifestamos cada día en la plegaria eucarística nuestra esperanza, dirigida a Él solo, Redentor y Salvador nuestro, a Él que es cumplimiento de la historia del hombre y del mundo.

Ayúdanos, San Francisco de Asís, a acercarnos a Cristo a la Iglesia y al mundo de hoy. Tú, que has llevado en tu corazón las vicisitudes de tus contemporáneos, ayúdanos, con el corazón cercano al corazón del Redentor, a abrazar las vicisitudes de los hombres de nuestra época: los difíciles problemas sociales, económicos, políticos, los problemas de la cultura y de la civilización contemporánea, todos los sufrimientos del hombre de hoy, sus dudas, sus negaciones, sus desbandadas, sus tensiones, sus complejos, sus inquietudes...

Ayúdanos a traducir todo esto a un lenguaje evangélico sencillo y provechoso.

Ayúdanos a resolver todo en clave evangélica, para que Cristo mismo pueda ser «Camino-Verdad-Vida» para el hombre de nuestro tiempo.

Así te lo pide a Ti, hijo santo de la Iglesia, hijo de la tierra italiana, el Papa Juan Pablo II, hijo de la tierra polaca. Y espera que no se lo niegues, que le ayudes. Has sido siempre bueno y te has apresurado siempre a ayudar a cuantos a Ti se han dirigido.

(Asís Basílica S. Francisco, 5 de noviembre 1978)



**Discurso a los Miembros
del Capítulo general de Asís**
(21 de junio 1979)

AMAD A LA IGLESIA
COMO LA AMÓ SAN FRANCISCO

Amadísimos hijos, miembros del Capítulo General de la Orden de los Hermanos Menores:

Con ánimo complaciente os acogemos a esta audiencia particular y os saludamos cordialmente, a la vez que manifestamos al nuevo Ministro General John Vaughn nuestra felicitación paterna y con benevolencia abrazamos al P. Constantino Koser, quien, después de mucho tiempo, se retira de tan pesado cargo.

Os agradecemos la alegría que nos proporcionáis con el hecho mismo de este encuentro con vosotros. Pues vuestra presencia nos trae a la memoria las muchas relaciones que hemos tenido con los religiosos franciscanos y renueva en nuestra mente el recuerdo de aquellas como marchas que hicimos siguiendo los caminos en los que san Francisco ha dejado huellas preclaras: las huellas, decimos, de aquel varón singularmente ardoroso en el amor de Cristo, ministro fiel de la Iglesia, amigo fraterno de los hombres y de todas las criaturas.

A este respecto nos complace recordar que, siendo Cardenal Arzobispo de Cracovia por dos veces, en el aniversario de nuestra ordenación sacerdotal, subimos en piadosa peregrinación al monte Alverna, donde vuestro Seráfico Padre fue transformado en imagen de Cristo crucificado.

Después, elegido para el supremo ministerio de Romano Pontífice, que es como el vicario del amor de Cristo (cf. S. Ambrosio, *Expos. Evang. s. Lc.*, X, 175; PL 15, 1848), en el mismo comienzo de nuestro Pontificado, y concretamente el día 5 de noviembre del año pasado, fuimos a Asís, al sepulcro de san Francisco, para rogarle que nos ayudara a acoger a los hombres de nuestro tiempo según la medida del corazón del Salvador.

Recordados, pues, estos acontecimientos de nuestra vida, os rogamus que acojáis en vuestros corazones y en vuestras almas las palabras con que empieza la primera encíclica que recientemente hemos hecho pública: «El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la

historia». Lo que se contiene en estas mismas palabras, es lo que tengo que anunciaros; o sea, es necesario que vuestra Orden recobre aquellas fuerzas primitivas con las que se haga capaz de manifestar a Cristo en nuestro tiempo y, a ejemplo de vuestro Seráfico Padre, de patentizar aquel testimonio de amor a la Iglesia que él dio de modo tan eximio.

A buscar el vigor primitivo os induce, según bien creemos, el lugar mismo donde celebráis el Capítulo General: nos referimos evidentemente al «convento» de Santa María de los Angeles, donde -como dice san Buenaventura- vuestro ínclito Padre «comenzó humildemente, progresó en la virtud, terminó felizmente el curso de su vida» (*LM* 2, 8; *Analecta Franciscana* X, Ad Claras Aquas 1926, p. 566). Pues allí culminó meritisimamente aquella penitencia que se había propuesto desde el principio de su vida consagrada a Dios. Y para llevar a cabo cualquier renovación espiritual es necesario comenzar por la penitencia, que es lo mismo que la metanoia, o sea, el cambio de mente. Con esta disposición, precisamente, los hijos de san Francisco cumplen su vocación.

A la luz de tan clara verdad, os exhortamos encarecidamente a que no remováis ninguna clase de duda sobre vuestra identidad, ni busquéis o hagáis algo -sea los individuos, sea reunidos en grupo- que sea ajeno a aquella norma que vuestro Padre legislador estableció para siempre: «La regla y vida de los hermanos menores es ésta: guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo viviendo en obediencia, sin nada propio y en castidad» (*2R* 1, 1).

De la fidelidad a esta forma primigenia de vuestra vida, pende también la fuerza de la participación que tenéis en la misión salvífica de la Iglesia, en cuanto que empeñéis vuestras personas y obras en el servicio del Evangelio, adhiriéndoos meticulosamente al magisterio de la misma Iglesia.

Acoged, pues, la exhortación paterna que os hace hoy el Romano Pontífice: ¡amad a la Iglesia, como la amó san Francisco! Amadla más que a vosotros mismos, renunciando, si es necesario, incluso a los modos de pensar y de vivir que, si antaño quizá eran aprobados, hoy son menos aptos para promover la energía vital de la Iglesia y para ampliar los espacios de su caridad.

Al tiempo, pues, que renováis esta vuestra vocación eclesial, es necesario que secundéis la voluntad del Seráfico Padre, quien envió a sus hermanos a todas las partes del mundo, para que anunciaran a los hombres la paz y la penitencia para remisión de los pecados (*1C* 29; *Analecta Franciscana*, p. 24). Acercaos a los hombres en las condiciones mismas de

su vida cotidiana; fomentad y cultivad la semilla divina que hay en ellos (cf. *1 Jn* 3, 9), para que reconozcan y acojan al Hijo de Dios encarnado; y también ellos consigan ser hijos de Dios.

Como es notorio, nadie como san Francisco captó tan profundamente el carácter sagrado de la creación. Él -por decirlo con palabras de nuestro venerado predecesor Pablo VI-: «habiéndolo dejado todo por Cristo [...] gracias a “dama pobreza” encontró, por así decirlo, un algo de la felicidad primitiva, cuando el mundo salió intacto de las manos del Creador. En la renuncia más absoluta de las cosas, ya casi ciego, él mismo pudo cantar el inmortal Cántico de las Criaturas, así como las alabanzas de nuestro hermano el sol, las alabanzas de las cosas de toda la naturaleza, que para él se había convertido como en un espejo luminoso y puro de la gloria divina» (*Gaudete in Domino*, en AAS 67, 1975, 307). Así pues, pertenece también a vuestra vocación enseñar a los hombres que las cosas de este mundo se encuadran en la obra de la salvación, y que, cuando llevados por una cierta inclinación natural se detengan en esas mismas cosas, los llevéis al mismo tiempo a la esperanza que trasciende todo lo terrestre.

¡Amadísimos religiosos franciscanos! Ya que en cuanto religiosos estáis situados como en la cumbre más alta de la vida cristiana (cf. Paulus VI, Adhort. Ap. *Evangelica testificatio*, 19: AAS, 63, 1971, 508), os hemos dedicado estas palabras para confirmaros, para estimularos, para incitaros a una prontitud cada vez mayor, ya que es necesario que seáis cooperadores del sucesor de san Pedro, «a quien se ha encomendado de modo singular el gran ministerio de propagar el nombre cristiano» (*Lum. Gen.* 23).

¡Que la santa Madre de Dios os guarde y os proteja! Pues Ella en vuestra tradición teológica ocupa un puesto singular, sobre todo en lo que concierne al misterio de su Inmaculada Concepción; pues por éste llegó a ser el tipo humano perfectísimo de la Iglesia, a la que Cristo, su fundador, quiso «sin mancha o arruga, sino santa e inmaculada» (cf. *Ef* 5, 27). Imitad a María, que estuvo totalmente sometida a la voluntad de Dios; escuchadla cuando os exhorta respecto de su Hijo: «Haced lo que Él os diga» (*Jn* 2, 5).

Finalmente, para fortificaros al efecto de que siempre respondáis con diligencia a vuestra noble vocación franciscana, os damos con ánimo paterno y afectuoso la Bendición apostólica a vosotros, los aquí presentes, y a toda vuestra Familia religiosa.

**Radiomensaje en la Vigilia franciscana
en San Pedro y en la Catedral de Asís
en ocasión de la apertura del VIII Centenario
del nacimiento de san Francisco**

(2 de octubre de 1981)

FRANCISCO NOS ENSEÑA
EL GRANDE AMOR POR CRISTO Y POR LA IGLESIA

Queridos hermanos y hermanas:

A todos vosotros que os habéis reunido en la basílica de San Pedro y a los que habéis acudido a la catedral de Asís para una especial vigilia de oración y reflexión, que quiere ser el primer acto de las solemnes celebraciones del VIII centenario del nacimiento del gran santo e hijo de la Iglesia, Francisco, me siento feliz al dirigiros mi palabra de saludo y estímulo, asegurándoos mi participación espiritual.

Sé que en San Pedro se han reunido más de 5.000 Hermanos de todo el mundo, pertenecientes a las cuatro familias franciscanas, a los cuales se añade un amplio número de jóvenes religiosas de institutos femeninos, de jóvenes miembros de la Orden franciscana seglar, y de muchos grupos juveniles de inspiración franciscana, mientras en la catedral de Asís, donde también Francisco se arrodilló y oró, se ha congregado mucha gente bajo la presidencia del obispo.

Con estas palabras quiero dirigirme ante todo a los jóvenes, porque directamente para ellos ha sido convocado un capítulo mundial de la juventud franciscana, que finaliza en asamblea orante en torno al sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, piedra fundamental de la grandiosa construcción eclesial: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (*Mt 16, 18*).

El mensaje del Seráfico Hermano Francisco, porque es profundamente evangélico, es siempre elocuente y rico de enseñanzas. Hay, sobre todo, un aspecto que en este momento intento proponer a vuestra reflexión: el del gran amor a la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, que en el Santo se confundía con el amor a Cristo mismo. El hijo de Pietro Bernardone fue hombre de Iglesia, se entregó a la Iglesia y por la Iglesia,

a la que jamás separó de Cristo Señor, comprometió, incluso en el dolor, hasta el más íntimo latido de su alma, confirmado en esto por la invitación del Crucifijo de San Damián: «Ve, y repara mi casa». Este amor caracterizó su vocación de reformador y, antes aún, la de convertido, la de hombre nuevo.

Es bien sabido que en los tiempos en que comenzó su testimonio y el de su movimiento, prevalecieron herejías eclesiales, siempre viejas y siempre nuevas, las cuales, pretendiendo inspirarse en los orígenes, introducían divisiones y cismas, oponían el Evangelio a la Iglesia jerárquica y a su autoridad, y apoyándose en una interpretación subjetiva de la Sagrada Escritura, instauraban un libre examen, al que recurrían ya antes de que se le conociese con este nombre preciso.

Ahora bien, el carisma y la misión profética del Hermano Francisco fueron los de mostrar concretamente que el Evangelio está confiado a la Iglesia, y que debe ser vivido y encarnado primero y ejemplarmente en la Iglesia, y con el asentimiento y el apoyo de la Iglesia misma. Él, en el silencio de una humildad obediente, realizó una luminosa imagen del hombre redimido, que ha desafiado a los siglos.

Cristo ha consignado a la Iglesia la continuidad de su obra de redención, y aun cuando el influjo de esta obra sobrepasa los confines de la Iglesia visible, para alcanzar los de toda la humanidad, inspirando y sosteniendo todo válido y auténtico contacto de amor y de entrega, toca a la Iglesia misma, y por lo tanto a sus fieles, ser signo consciente de salvación, como afirma con palabras incisivas el Concilio: «Cristo [...] por medio del Espíritu vivificador hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación; estando sentado a la derecha del Padre, actúa sin cesar en el mundo para conducir los hombres a la Iglesia. Y, por medio de ella, unirlos a sí más estrechamente y [...] hacerlos partícipes de su vida gloriosa» (LG 48).

El misterio de la salvación nos ha sido revelado y se continúa y realiza en la Iglesia (cf. AA 2; PO 22; GS 40) y desde esta genuina y única fuente llega, como agua «humilde, útil, preciosa y casta» a todo el mundo. Se trata, queridos jóvenes y fieles, de ser conscientes, de hacerse cargo, como el Hermano Francisco, de esa fundamental verdad revelada, contenida en la frase consagrada por la tradición: «No hay salvación fuera de la Iglesia». Efectivamente, de la Iglesia sola brota segura y plenamente la fuerza vivificadora destinada, en Cristo y en su Espíritu, a renovar toda la humanidad, y por esto, a conducir a cada uno de los hombres a formar parte del Cuerpo místico de Cristo.

Pasando por alto, pues, toda crítica superficial, motivada frecuentemente sólo por la propia falta de compromiso, es necesario renovar en profundidad un afán responsable, que se configure desde una doble vertiente.

Por una parte, están llamados a testimoniar con valentía a Cristo, precisamente en virtud de vuestra profesión franciscana, mediante una dócil fidelidad a la Iglesia, asegurando filial obediencia y colaboración a vuestros Pastores y, buscando una más adecuada inserción de vuestro apostolado en la misión y, por lo tanto, en la pastoral de vuestras iglesias locales. Por otra parte, deben proponerse incrementar una respuesta válida a las necesidades, a las aspiraciones y a los desafíos cruciales, con los que la realidad del prójimo más necesitado interpela vuestra acción evangelizadora de jóvenes y de hijos de Francisco de Asís.

Las tareas son amplias y urgentes; pidamos juntos la valentía y el amor que animaron al Pobrecillo de Asís. El VIII centenario de su nacimiento sirva de estímulo para vivir intensamente los ideales que él todavía señala a la humanidad, tan necesitada de salvación. Sobre vuestros propósitos, sobre vuestro compromiso invoco la asistencia del Señor, mientras en esta noche bendita, repito con ustedes la oración que brotó de mi espíritu cuando, a los pocos días de mi elección al pontificado, vine a Asís para orar sobre la tumba del Seráfico Padre:

«Ayúdanos, san Francisco de Asís, a acercar a Cristo a la Iglesia y al mundo de hoy. Tú, que has llevado en tu corazón las vicisitudes de tus contemporáneos, ayúdanos, con el corazón cercano al corazón del Redentor, a abrazar las vicisitudes de los hombres de nuestra época; los difíciles problemas sociales, económicos, políticos; los problemas de la cultura y de la civilización contemporánea, todos los sufrimientos del hombre de hoy, sus dudas, sus negaciones, sus disgregaciones, sus tensiones, sus complejos, sus inquietudes [...] Ayúdanos a traducir todo esto a un lenguaje evangélico sencillo y provechoso. Ayúdanos a resolver todo en clave evangélica, para que Cristo mismo pueda ser "Camino-Verdad-Vida" para el hombre de nuestro tiempo.»

Los acompaño con mi bendición.

Discurso en el Pontificio Ateneo Antonianum

(26 de enero 1982)

SEAN CUSTODIOS DE LA ESPERANZA

Hermanos e hijos queridísimos:

1. En la solicitud cotidiana por todas las Iglesias (cf. 2Co 11, 28), que me corresponde como Sucesor de Pedro y Vicario de Cristo, he querido incluir también la visita personal a las Pontificias Universidades y Ateneos que tienen la sede en Roma, centros de irradiación de la cultura eclesial, en los que realizan sus tareas tantos profesores y estudiantes procedentes de muchas naciones de todos los continentes.

Para todos los que están integrados, de manera diversa, en estas beneméritas instituciones, la visita del Papa debe servir de estímulo a fin de cooperar cada vez más eficazmente con él en la difusión del Evangelio (cf. *Flp* 1, 5).

2. En la serie de estas visitas tiene lugar hoy la del Pontificio Ateneo «Antoniano», de la Orden de los Hermanos Menores. Dirijo, pues, mi saludo cordial a los señores cardenales William Baum, Prefecto de la Sagrada Congregación para la Educación Católica, y Ferdinando Antonelli, que ha sido rector de este Ateneo; a los *Excmos.* Arzobispos y Obispos aquí presentes; al P. John Vaughn, gran canciller, juntamente con el P. Gerardo Cardaropoli, actual rector; y a los ex-rectores, decanos, presidentes y a todo el cuerpo docente.

En particular, saludo a los queridos estudiantes del Ateneo, para los cuales se ponen a disposición múltiples estructuras e iniciativas académicas; me complazco en desearles una formación cultural construida con la mente y el corazón, mirando a un testimonio evangélico cada vez más eficaz.

Es sabido que actualmente el Pontificio Ateneo «Antoniano» constituye el único estudio general de la Orden de, los Hermanos Menores y también su centro de más reconocido prestigio, con sus tres facultades: teología, derecho canónico y filosofía.

Y el saludo y las palabras que puedo expresar en la sede de este ilustre Ateneo, se dirigen también a las varias instituciones insertas en él o agregadas al mismo: los dos institutos interdepartamentales aludidos por

el rector magnífico, la Comisión Escotista, la Academia Mariana Internacional, el Colegio de San Buenaventura, la Escuela agregada «Regina Apostolorum» para religiosas, y los siete Estudios teológicos afiliados, tanto en Italia como en Jerusalén.

Estas varias instituciones dan testimonio del nivel de auténtica investigación académica, que califica al Antonianum. Efectivamente, realiza y, como todos los ateneos, está llamado a realizar cada vez más las tres finalidades características de las facultades eclesiásticas, como he escrito en la Constitución Apostólica *Sapientia christiana*: cultivar y promover a nivel científico las propias disciplinas; formar en ellas a los estudiantes a nivel de alta especialización; y, finalmente, ayudar a la Iglesia en su obra evangelizadora (cf. art. 3). Quiero subrayar aquí sobre todo las dos primeras, ya que el valor de un ateneo se mide precisamente por la seriedad y dedicación a la investigación científica. Esto lo piden, por otra parte, no sólo las exigencias culturales de nuestro tiempo y las demandas providenciales del hombre contemporáneo, sino también la luminosa dignidad propia de las mismas ciencias cultivadas, a las que es preciso consagrarse, como escribe el Sirácida acerca de la sabiduría: «Sigue su rastro, búscala, y se te descubrirá, y una vez cogida, no la sueltes; porque al fin hallarás en ella tu descanso y tu gozo» (*Si* 6, 27-28). Obras prestigiosas y frutos de las investigaciones realizadas por el Ateneo son sus publicaciones, especialmente la revista científica «*Antonianum*» y las varias colecciones, entre las cuales ocupa el primer lugar el «*Spicilegium Pontificii Athenaei Antoniani*».

Además de las facultades antes mencionadas, me es grato recordar en especial el precioso trabajo de la Comisión Escotista, que se preocupa de publicar la edición crítica de las obras de Juan Duns Escoto, y la benemérita actividad de la Academia Mariana, que promueve y organiza Congresos de Mariología y publica las «Actas de los Congresos Mariológico-Marianos».

También a estos Institutos va mi elogio por sus méritos adquiridos hasta ahora, y los exhorto a que no se extinga, sino que más bien se incremente su fervor en el futuro. Me resulta muy agradable esta visita también porque tiene lugar entre la conclusión del 750 aniversario de la muerte de san Antonio, que da nombre al Ateneo, y el comienzo de las celebraciones del VIII centenario del nacimiento de san Francisco, fundador de la Orden a la que pertenece el Ateneo.

Inspirándome en estos acontecimientos, deseo expresaros, sobre todo, mi estímulo y ánimo para vuestra actividad futura.

3. San Antonio, quien precisamente este día -16 de enero del año 1946- fue proclamado por mi predecesor Pío XII «Doctor de la Iglesia», es un modelo insigne de estudioso y anunciador de la Palabra de Dios. Conocedor profundo de la Sagrada Escritura -tanto, que el Papa Gregorio IX le llamó «Arca del Testamento»- mereció, por el estilo kerigmático de su exposición y por la penetración espiritual y mística de la doctrina revelada el apelativo de «Doctor evangelicus». El «estilo» de su reflexión teológica puede inspirar todavía hoy a todos los que se dedican a la profundización de las riquezas de la verdad divina.

Junto con san Antonio os inspire y os sostenga el que fue su guía espiritual: san Francisco. Todos sabemos, por otra parte, lo que ha representado para la humanidad el nacimiento de san Francisco: con él -dice Dante- «nació un sol en el mundo» (*Paraíso*, XI, 54). Muchos son los motivos por los que él ejerció y ejerce aún una fascinación tan importante en la Iglesia e incluso fuera de ella: la visión optimista de toda la creación, como epifanía de Dios y patria de Cristo, exaltada por él en el famosísimo «Cántico de las criaturas»; la elección de la pobreza como expresión de toda su vida, y llamada por él Señora, el apelativo que los caballeros daban a sus damas, y los cristianos a la Madre de Dios.

Pero, sosteniendo todo, estaba una virtud teologal integralmente practicada, a la que él raramente llama por su nombre, porque se convierte en su estado de alma, que le hace concentrar todo en Dios, que le hace esperar todo de Él, que le hace feliz por no poseer nada más que a Él. Con acentos apasionados expresa este estado de su alma en el «papel» («*Chartula*») que dio a fray León en el Monte Alverna: «Tú eres el bien, todo bien, sumo bien, Señor Dios, vivo y verdadero [...] Tú eres nuestra esperanza» (*Opuscola*, ed. C. Esser, Grottaferrata 1978, p. 90 s).

4. Sé que en la entrada de esta aula espléndida, dedicada a la Asunción de María Santísima, un epígrafe latino recuerda la visita de mi predecesor Pablo VI, con ocasión del VII Congreso Mariológico Internacional, el 16 de mayo de 1975. Deseo repetir su mensaje al capítulo general de los Hermanos Menores en 1973: ¡Como san Francisco, sed también vosotros, en el mundo de hoy, *los custodios de la esperanza!* (cf. AAS 65, 1973, p. 457).

Por lo demás, también éste es el mensaje que yo mismo he dirigido al último Capítulo general, el día 21 de junio de 1979; y os exhorto a grabar en vuestros espíritus, para que seáis sus heraldos, el contenido de las palabras iniciales de mi primera Encíclica: «El Redentor del hombre,

Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia» (cf. AAS 71, 1979, 1.005). Sí: porque la esperanza auténtica, este don del Espíritu que no defrauda (cf. *Rm* 5, 5), se deriva de la única certeza de que «el Hijo de Dios me amó y se entregó por mí» (*Ga* 2, 20).

La recuperación de esta certeza es urgente en el mundo de hoy, surcado por tantas inquietudes, que son como un atentado a la esperanza que Cristo trajo para nosotros: «Confiad; yo he vencido al mundo» (*Jn* 16, 33).

No se puede menos que comprobar con tristeza que el culto a la muerte amenaza con superar el amor a la vida: la muerte infligida a tantos seres humanos ya antes de nacer; la muerte que no se evita a tantos hermanos nuestros consumidos por la enfermedad y el hambre; la muerte provocada con la violencia y con la droga; la muerte de la libertad cínicamente perpetrada contra individuos y naciones enteras; e incluso la muerte de los que no pueden expresar libremente su pensamiento.

Todo esto se deriva, en gran parte, del hecho de que, en no pocos, ha tenido lugar la muerte de la conciencia, causada, a su vez, por el oscurecimiento de esa certeza que fundamenta toda verdadera esperanza: el Hijo de Dios ha amado singularmente a cada uno de los hombres, hasta hacerse hombre también Él y dar la vida por todos.

Ante tal estado de cosas, de teorías y de praxis, me siento en el deber de repetir también una densa expresión de mi predecesor Pablo VI: «De esta esperanza, que se inscribe por encima del sufrimiento humano, por encima del hambre y de la sed de justicia, por encima de nuestras tumbas, tiene necesidad el mundo» (*L'Osservatore Romano*, ed. en Español, 14-12-1975, p. 3). Sí, el mundo tiene necesidad de esta humana y, a la vez, trascendente esperanza, que puede transformar en bienaventuranza incluso las situaciones humanamente desesperadas; que hace ver como momento de vida incluso su fin; que no margina del proceso histórico en el que vivimos, sino que más bien lo anima introduciéndolo en la dimensión del futuro; que acerca a Cristo, primogénito entre muchos hermanos, en la experiencia de los condicionamientos de la existencia temporal y, al mismo tiempo, primogénito de los resucitados de la muerte (cf. *Rm* 8, 29; *Col* 1, 18).

5. Quisiera que la Orden de los Hermanos Menores, de modo especial mediante este Ateneo, contribuyera a *colmar esta necesidad de esperanza con el aporte originario que se inspira en san Francisco*. Confío que se haga todo esfuerzo para que, con la multiforme actividad propia de una institución académica, pueda y sepa ampliar, en la sociedad de hoy,

los espacios a los valores contenidos en el Evangelio, los únicos capaces de engendrar y alimentar esperanzas no ilusorias.

Todos los discípulos de Cristo están marcados por una elección irreversible que no ha partido de ellos, sino de Él, y que los vincula, por esto, a la misión que Él mismo ha establecido: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto» (Jn 15, 16).

Especialmente vosotros, profesores queridísimos, debéis sentirnos marcados por esa elección y comprometidos en esa misión, también por el hecho de que pertenecéis a este Ateneo. En efecto, hay que recordar que Pío XI, al recibir en audiencia a sus miembros el día 15 de diciembre de 1933 -año de la Redención-, en el 50 aniversario de la fundación y pocos meses después de su erección canónica, dijo: «Entre los frutos más excelentes y saludables de la redención nos es grato enumerar la inauguración de vuestro Ateneo» (*Acta Ordinis Frat. Minor.*, 53, 1934, p. 73). Un don de Dios, pues, que crea en quien lo ha recibido una obligación permanente a corresponder en la línea del don mismo: una obligación, por lo tanto, de ponerse al servicio de la obra de la salvación realizada por Cristo Redentor.

Así, pues, cada uno considerará como deber primario propio saber interpretar, cual corresponde a los estudiosos de las ciencias sagradas, las múltiples voces de nuestro tiempo y juzgarlas a la luz de la Palabra de Dios, para que la verdad revelada pueda ser cada vez más profundamente entendida, mejor captada y presentada de la manera más adecuada (*Gaudium et spes*, 44), de manera que se dé testimonio de la verdad que incluye todas las demás: Cristo, el Hijo de Dios, murió para salvar al mundo e iluminarlo de esperanza.

6. Para que esta tarea se cumpla en plenitud, es necesario que la doctrina vaya acompañada por la práctica del bien. San Francisco advierte que no nos dejemos matar por la letra, ansiando saber solamente las palabras, incluso palabras divinas, con la única finalidad de ser considerados más sabios que los otros; sino que seamos vivificados por el Espíritu, elevando con la palabra y el ejemplo todo el saber a Dios altísimo al que pertenece todo bien (cf. *Opuscola*, Adm 7). ¿Cómo no recordar en este centro de estudios, dedicado a san Antonio, las palabras con las que Francisco, le concedía la propia aprobación para la enseñanza de la teología? La única condición que el Pobrecillo ponía, queda como una consigna para todo el que trata de acercarse a las ciencias sagradas con

actitud adecuada: «Dummodo -escribía él- inter huiusmodi studium sanctae orationis spiritum non extinguas» (cf. *ob.cit.*, p. 95).

Además, es indispensable -como he dicho en la Encíclica *Redemptor hominis*- que cada uno sea consciente de permanecer en íntima unión con la misión de enseñar la verdad, de la que es responsable la Iglesia (cf. AAS 71, 1979, p. 308); unión -nos recuerda san Buenaventura- indisolublemente unida con la obediencia a aquél que ocupa la Cátedra de Pedro (cf. *Quaest. disput. De perfect. evang.*, q. 4, a. 3, n.º 14: ed. Ad Claras Aquas, T. V., p. 191).

La historia nos dice que los más altos ingenios han actuado por el bien de la Iglesia, porque no enseñaron sino lo que en ella habían aprendido (cf. san Agustín, *Contra Iulian.* II, 10, 34; PL 44, 698). Así actuaron también los maestros de mayor prestigio de la Orden Franciscana, los cuales, juntamente con otros, prestaron su aportación para construir el templo de la sabiduría cristiana (cf. Pablo VI, Epist. Apost. *Alma parens*, en el VII centenario del nacimiento de Juan Duns Escoto: AAS 58, 1966, p. 611 s.), ayudando así a los hombres a adorar al Padre en espíritu y verdad (cf. *Jn* 4, 23).

Efectivamente, en toda obra que sea expresión de cultura y de lealtad con la fe, queda impresa alguna huella del paso de Cristo, Redentor del hombre en todo tiempo.

7. Queridísimos profesores y estudiantes:

Al concluir y como recuerdo de este encuentro familiar, hago votos para que vuestra actividad científica de hoy y de mañana se manifieste apta para reavivar y custodiar la esperanza; y que podáis merecer así la gratitud y el honor que san Francisco recomendó y practicó hacia «los teólogos y los que nos administran las santísimas y divinas palabras como a quienes nos administran espíritu y vida» (*Test* 13).

Confío este deseo a la Madre de Dios, a la que san Francisco -cuenta san Buenaventura- rodeaba de inefable amor, porque, por medio de Ella, el Señor de la gloria se ha hecho nuestro hermano (cf. *LM* 9, 3); lo confío a María Santísima, a quien la Iglesia saluda y reza como a «nuestra esperanza».

Y que os acompañe siempre mi paterna bendición apostólica, que gustosamente imparto a todos, como prenda gozosa de fecundas gracias celestiales, que os sostengan en el compromiso de ser siempre, en el mundo de hoy, auténticos testigos de la esperanza que no defrauda.

**Carta a los Ministros generales de la primera Orden
y de la Tercer Orden Regular en la clausura
del VIII centenario del nacimiento
de San Francisco
(15 Agosto 1982)**

BRILLABA COMO FÚLGIDA ESTRELLA

A los queridos hijos
JONH VAUGHN,
Ministro General de la Orden de los Hermanos Menores;
VITALE BOMMARCO,
Ministro General de la Orden de los Hermanos Menores Conventuales;
FLAVIO CARRARO,
Ministro General de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos;
ROLAND FALEY,
Ministro General de la Tercera Orden Regular de S. Francisco:
al terminar el VIII centenario del nacimiento de S. Francisco de Asís.

JUAN PABLO papa II

Queridos hijos, salud y bendición apostólica.

1. «Brillaba como fúlgida estrella en la oscuridad de la noche, y como la aurora en las tinieblas»: con estas palabras elogiaba a S. Francisco de Asís Tomás de Celano, su primer biógrafo (*Vita prima sancti Francisci*, n.º 37: *Analecta Franciscana*, 19, *Ad Claras Aquas*, 1926-1941, p. 29).

Me agrada repetir este elogio, al celebrar el VIII centenario, del nacimiento de este hombre ilustre. En realidad, ya el día 3 de octubre de 1981, durante la vigilia celebrada en la basílica de San Pedro, presentes muchos miembros de las cuatro Familias franciscanas, religiosas y personas que siguen el camino del Seráfico Padre, y unido también mediante la radio a los fieles cristianos congregados por el obispo de Asís en aque-

lla iglesia catedral, inauguramos con un radiomensaje el año dedicado a recordar este acontecimiento. Ahora, continuando aquella predicación, nos proponemos, mediante esta Carta, iluminar algunos capítulos del magisterio evangélico puestos de manifiesto por S. Francisco, y compartir con vosotros, y por vuestro medio con muchas otras personas, el mensaje de que es portador para los hombres de nuestro tiempo. En el libro en que se recogen las *Floreциllas* de la vida de S. Francisco, se cuenta que el hermano Maseo, uno de sus primeros seguidores, le preguntó una vez: «¿Por qué todo el mundo va detrás de ti?». Después de ocho siglos del nacimiento del Santo de Asís, la pregunta resulta todavía actual, más aún, existe mayor razón para hacerla.

No sólo ha crecido el número de los que siguen de cerca sus huellas, haciendo norma de vida la Regla compuesta por él, sino que además, la admiración y simpatía hacia él no han disminuido con el paso del tiempo -como suele suceder en las cosas humanas-, sino que ha penetrado más profundamente los corazones y se han dilatado con mayor amplitud. Podemos ver las huellas que esta admiración ha dejado en la espiritualidad cristiana, en el arte, en la poesía y en casi todas las expresiones de la cultura occidental. Italia, que tiene el honor de haber engendrado a un hombre tan grande, lo eligió como Patrono principal ante Dios, junto con otra gran hija de su tierra, Catalina de Siena.

La fama de S. Francisco ha traspasado los confines de Europa, tanto que, con razón, se le pueden aplicar las palabras del Evangelio: «Donde quiera que se proclame este Evangelio, en el mundo entero, se hablará también de lo que éste ha hecho» (cf. *Mt* 26, 13). El estilo de Francisco es tal, que todos están de acuerdo con él. Todos los que llegan a conocer su modo de vida, reconocen unánimes el ejemplo de humanidad que dio. Por lo que no está fuera de lugar, en este año dedicado a su memoria, repetir la pregunta hecha por el hermano Maseo con sencillez de espíritu: ¿Por qué todo el mundo va detrás de ti, Francisco de Asís?

Se puede responder a la pregunta, al menos en parte, diciendo que los hombres admiran y aman a este hombre de Dios porque ven realizadas en él -de modo destacadísimo- lo que anhelan en sumo grado y no siempre son capaces de conseguir en la vida, a saber: la alegría, la libertad, la paz, la concordia y la reconciliación entre los hombres y con la naturaleza misma. En efecto, entre otras muchas cosas, todo esto resplandece de manera singular en la vida del Pobre de Asís. Resplandece, en primer lugar, la alegría, puesto que Francisco es muy conocido como el hombre transido por la perfecta alegría. Durante toda su vida, «su principal y

supremo cuidado fue tener y conservar en todo momento, interior y exteriormente, la alegría espiritual».

2. Muchas veces, como consta en las fuentes que narran sus hechos, no podía cohibir el ímpetu de la alegría que le impelía desde dentro, de modo que, como un juglar vagabundo, imitando con trozos de leña a los tocadores del instrumento musical llamado «viola», cantaba las alabanzas de Dios en francés (cf. 2C 127). La alegría que llenaba a Francisco nacía de su capacidad de asombro, desde la que, con sencillez e inocencia de espíritu, contemplaba todas las cosas y todos los acontecimientos. Pero, sobre todo, manaba de la esperanza que alimentaba en su corazón y desde la que exclamaba: «Es tanto el bien que espero, que toda pena me da consuelo». Aunque casi nunca usó la palabra libertad, fue su misma vida una expresión verdaderamente singular de la libertad evangélica. En su estilo de vida y en su proyecto interior se transparentaba la libertad de espíritu y la espontaneidad de quien ha hecho del amor la ley suprema y está completamente unido a Dios.

Una de las manifestaciones de esto es la libertad que dio, de acuerdo con el Evangelio, a sus hermanos para que comieran de todos los alimentos que les ofrecieran. Pero la libertad que siguió y exaltó Francisco no se opone a la obediencia a la Iglesia, más aún, «a todos los hombres que hay en el mundo»; por el contrario, de ella procede. El estado primigenio y perfecto del hombre, libre y señor del universo, resplandece en él con luz particular. Así se explica también aquella singular familiaridad y docilidad que todas las criaturas mostraban a este Pobre de Cristo. Así sucedió que las aves lo escucharan cuando predicaba, que el lobo -según la conocida narración- se amansara, que el mismo fuego, suavizando sus ardores, se tornara “curialis”, es decir, amable.

Y así, como afirma el citado primer biógrafo de Francisco, «caminando en la vía de la obediencia y en la absoluta sumisión a la divina voluntad, consiguió de Dios la alta dignidad de hacerse obedecer de las criaturas». Pero, sobre todo, la libertad de Francisco nacía de su pobreza voluntaria, por lo que se liberó de toda ambición y solicitud terrena, de modo que llegó a ser uno de aquellos hombres que, según las palabras del Apóstol, «nada tienen y todo lo poseen». Francisco, además de hombre insigne por la perfecta alegría y libertad, es constantemente venerado como amante dulcísimo de la paz y de la fraternidad universal. La paz que Francisco gozaba y difundía, tenía su fuente en Dios, a quien, en la oración, se dirigió con estas palabras: «Tú eres la mansedumbre, tú eres la seguridad, tú eres la quietud».

Esta paz toma forma humana y fuerza en Cristo Jesús, que es «nuestra paz»; en Él, escribió Francisco siguiendo a san Pablo, «todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra han sido pacificadas y reconciliadas con el Dios omnipotente. «El Señor te dé la paz»: con estas palabras, aleccionado por la divina revelación, saludaba Francisco a todos los hombres.

Fue, en verdad, “constructor de paz”, o mejor, autor y mediador de paz -el tipo de hombre que es proclamado “dichoso” en el Evangelio-, ya que «todo el contenido de sus palabras iba encaminado a extinguir las enemistades entre los ciudadanos y a restablecer entre ellos los convenios de paz». Restableció la paz y la concordia entre las clases sociales de su misma ciudad, opuestas entre sí con violencia cruenta, expulsando con su oración a los demonios, causantes de las discordias. Estableció la paz entre ciudades divididas por la discordia, entre el clero y el pueblo, y, según se dice, también entre los hombres y las fieras.

Pero la paz, según la persuasión de Francisco, se construye otorgando el perdón; por lo que, para inducir a hacer las paces al gobernador de la ciudad de Asís y al obispo de aquella sede, que estaban reñidos, añadió cuidadosamente al “Cántico del hermano sol” estas palabras tan conocidas: «Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor».

Francisco a nadie tenía por enemigo, a todos los consideraba hermanos. Por lo que, superando todas las barreras con las que los hombres de aquel tiempo creaban divisiones, anunció el amor de Cristo incluso a los Sarracenos, sembrando en los ánimos las bases para el diálogo y el ecumenismo entre los hombres de diferente cultura, raza y religión: uno de los más altos ideales a los que se encamina nuestro tiempo. Además, extendió este sentido de fraternidad universal a todas las cosas creadas, incluso a las inanimadas: al sol, la luna, el agua, el viento, el fuego y la tierra, a las que llamó hermanos y hermanas y a las que honró con delicada reverencia.

A este respecto se ha escrito de él: «Abraza todas las cosas con indecible afectuosa devoción y les habla del Señor y las exhorta a alabarlo». Tomando en consideración todo esto e intentando satisfacer los deseos de quienes hoy se preocupan meritoriamente del ambiente natural en que los hombres viven, proclamamos a san Francisco de Asís celestial Patrono de todos los amantes de la ecología, el 29 de noviembre de 1979, mediante las Letras Apostólicas selladas con el Anillo del Pescador. Pero, por lo que a esto se refiere, es de notar que Francisco impedía la injusta y dañosa violencia contra las criaturas y los elementos porque, a la luz bíblica de la creación y la revelación, las veía como criaturas ante las que

el hombre se siente obligado, no como criaturas dejadas a su capricho; criaturas que juntamente con él esperan y anhelan «ser liberadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios».

3. Hasta ahora hemos tratado de aquellas cosas por las que la humanidad se gloria con razón de Francisco de Asís y no cesa de admirarlo: la alegría, la libertad, la paz, la fraternidad universal. Pero, si nos quedáramos aquí, se trataría de una admiración vana, con escasa o nula fuerza para enseñar a los hombres de hoy la manera de alcanzar los bienes antes mencionados; sería como pretender recoger los frutos, sin cuidar el tronco y las raíces del árbol. Por consiguiente, para que la celebración del VIII centenario del nacimiento de san Francisco remueva verdaderamente las conciencias y deje en ellas huellas profundas, es preciso conocer y examinar las raíces desde las que la vida de este seráfico hombre produjo frutos tan admirables.

La paz, la alegría, la libertad y el amor no adornaron el espíritu de Francisco como dones fortuitos, heredados o naturales, sino que son fruto de una toma de postura y del camino duro que él compendió en estas palabras: «hacer penitencia», como escribió al principio de su Testamento: «El Señor me dio de esta manera a mí, hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia; en efecto, como estaba en pecados, me parecía muy amargo ver a los leprosos. Y el Señor mismo me condujo entre ellos, y yo practiqué con ellos la misericordia. Y al separarme de los mismos, lo que antes me había parecido amargo, se me tornó en dulzura de alma y cuerpo; y, después de esto, permanecí un poco de tiempo y salí del siglo». “Hacer penitencia” o “vivir en penitencia”: estas expresiones son muy frecuentes en los escritos de san Francisco, resumiendo la totalidad de su vida y de su predicación.

En el momento de orientar de forma nueva su vida momento de especial importancia, él, pidiendo consejo a Cristo, abrió el Evangelio y allí encontró esta respuesta del Señor, a la que se conformó hasta la muerte: «Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo». La abnegación fue el camino por el que Francisco encontró su “alma”, o “su vida”. Alcanzó la alegría sufriendo; la libertad, obedeciendo y negándose a sí mismo; el amor a todas las criaturas, odiándose a sí mismo, es decir, venciendo el amor a sí mismo, como enseña el Evangelio. Caminando un día con el hermano León, le enseñó que la verdadera alegría consiste en la paciencia, por amor a Cristo, ante cualquier amargura y tribulación.

“Vivir en penitencia”. según san Francisco, equivale a reconocer el pecado en toda su gravedad; a estar ante Dios en constante actitud penitencial; a traducir en el estilo de vida este sentido de compunción y dolor mediante una austera actitud ascética. En este camino él avanzó de tal modo que, antes de morir, como pidiendo perdón, confesó «que había pecado mucho contra el hermano cuerpo», al haberlo sometido en vida a una penitencia tan grande.

Este camino que Francisco recorrió, en lenguaje cristiano se llama simplemente cruz. El mismo fue y continúa siendo pregonero y anuncio por el que la Iglesia es invitada firmemente a considerar la importancia de la predicación de la cruz, como si Dios quisiera, mediante su pobre siervo Francisco, volver a plantar el árbol de la vida “en medio de la ciudad”, es decir, en medio de la Iglesia. Por esto, cuando en este año dedicado a la memoria de este Santo celestial peregriné a su sepulcro, le dije la siguiente súplica: «El secreto de tu riqueza espiritual se escondía en la cruz de Cristo... Enséñanos, como el Apóstol Pablo te enseñó, a no gloriarnos jamás, a no ser que sea en la cruz de nuestro Señor Jesucristo». Cristo crucificado fue el guía del camino de Francisco, desde el comienzo de su nueva vida hasta el final; Él, en el monte Alverna, le imprimió externamente sus llagas sagradas para que ante los ojos de todos los hombres él fuera «una reproducción de la cruz y pasión del Cordero inmaculado». Francisco se realizó totalmente en conformidad con el Crucificado; y la razón principal de su extrema pobreza fue el seguimiento del Crucificado.

Cuando ya se acercaba a la muerte, resumió toda su singular experiencia espiritual en estas sencillas pero sublimes palabras: «Conozco a Cristo pobre y crucificado». Efectivamente, desde que se convirtió a Dios vivió constantemente como quien había sido sellado por las llagas de Cristo. Volvamos ahora a la pregunta del principio: “¿Por qué todo el mundo va detrás de ti?” Es ya evidente la respuesta, contenida en estas palabras de Jesucristo: “Yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”. Muchos hombres, en efecto, son atraídos hacia Francisco de Asís porque él, a ejemplo de su divino Maestro, quiso en cierto modo “ser elevado de la tierra”, es decir, crucificado, de modo que ya no viviera él, sino Cristo en él, si se nos permite aplicarle las palabras del Apóstol. A los hombres de nuestro tiempo, que intentan con todas sus fuerzas suprimir el dolor, sin conseguirlo, más aún, que están más angustiosamente atormentados justamente cuando luchan con mayor fuerza para suprimir las que juzgan causas del dolor, san Francisco, con pocas

palabras, pero con la autoridad extraordinaria de su vida, les muestra el camino cristiano que él recorrió: se trata de eliminar la causa última del dolor y de la injusticia, el pecado, principalmente el pecado del desordenado amor de sí mismo.

Si crucifica su amor propio, el hombre vence esa especie de debilidad que lo lleva a buscarse sólo a sí mismo, sin ningún tipo de comunicación, refiriendo todas las cosas a su propia utilidad; rompe, por así decirlo, el férreo círculo de vejez y de muerte y pasa al mundo nuevo, en cuyo centro está Dios y dentro de cuyos límites están incluidos todos los hombres; se hace, en suma, “una nueva criatura en Cristo”. Por esta razón, el año dedicado al recuerdo del nacimiento de san Francisco, que ya toca a su fin, parece ser una preparación providencial del Sínodo de los Obispos, que se celebrará en el año 1983, y que tratará sobre el tema: “La reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia”. Él, que experimentó la singular fecundidad de su decisión de “hacer penitencia”, nos consiga también a nosotros, cristianos de este tiempo, el don de comprender sinceramente la verdad de que no podremos convertirnos en hombres nuevos, hombres de alegría, de libertad y de paz, si no reconocemos con humildad nuestro pecado, no nos limpiamos con el baño de la verdadera penitencia y luego no “damos frutos dignos de penitencia”.

4. No queremos terminar esta Carta conmemorativa del VIII centenario del nacimiento de san Francisco, sin recordar la peculiar fidelidad de este Santo hacia la Iglesia y los vínculos de veneración y amistad que, como hijo, lo unieron a los Romanos Pontífices de su tiempo. Persuadido de que quien no “recoge” con la Iglesia, “desparrama”, este hombre de Dios, desde los comienzos, se preocupó de que su obra fuera confirmada y protegida por la aprobación y apoyo de la “Santa Iglesia Romana”. Esta intención la expresó así en su Regla: «Para que, siempre sumisos y sujetos a los pies de la misma santa Iglesia, firmes en la fe católica (cf. Col 1, 23), guardemos la pobreza y la humildad y el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo que firmemente prometimos».

Su primer biógrafo afirma de él: «Pensaba que, entre todas las cosas y sobre todas ellas, se había de guardar, venerar e imitar la fe de la santa Iglesia romana, en la cual solamente se encuentra la salvación de cuantos han de salvarse. Veneraba a los sacerdotes, y su afecto era grandísimo para toda la jerarquía eclesiástica». La Iglesia correspondió a la confianza depositada en ella por el Pobre de Cristo no sólo aprobando su Regla, sino también rindiéndole un peculiar honor y benevolencia. De

este amor de Francisco a la Iglesia, ya hablamos en el citado mensaje de inicio del año jubilar del Santo, diciendo, entre otras cosas: «El carisma y la misión profética del hermano Francisco fueron los de mostrar concretamente que el Evangelio está confiado a la Iglesia y que debe ser vivido y encarnado primaria y ejemplarmente en la Iglesia y con el asentimiento y el apoyo de la Iglesia misma».

Las circunstancias de la vida que atraviesa ahora la Iglesia parecen aconsejar que se investigue con mayor diligencia de qué forma san Francisco tomaba parte activa en los asuntos eclesiales. Aquellos eran tiempos importantes y peculiares, en ellos se realizaba un gran esfuerzo en la renovación litúrgica y moral de la misma Iglesia; este esfuerzo llegó a su culmen con la celebración, el año 1215, del Concilio IV de Letrán. Aunque no consta con certeza que Francisco asistiese a las sesiones de aquel Concilio universal, no cabe duda de que comprendió bien los nobles proyectos y decretos del Concilio y que tanto él como la Orden por él fundada trabajaron en la realización de la reforma, promovida por el Concilio. Sin duda, a los cánones de dicho Concilio y a la Carta de Honorio III, corresponde manifiestamente aquella piadosa campaña, referente a la Eucaristía, que realizó el Santo de Asís para que las iglesias, los sagrarios y los vasos sagrados fueran tenidos en mayor decoro y, sobre todo, para que aumentara de nuevo el amor hacia el Cuerpo santísimo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. Francisco acogió también el proyecto de renovación de la penitencia, que el Papa Inocencio III, propuso en la alocución inaugural del Concilio de Letrán.

En aquella alocución, el Sumo Pontífice, nuestro preclaro antecesor, exhortó a todos los fieles cristianos, especialmente a los clérigos, a la renovación espiritual, a la conversión a Dios y a la reforma de las costumbres; y utilizando las palabras proféticas del capítulo IX de Ezequiel, afirmó que la letra tau (la última del alfabeto hebreo, que tiene forma de cruz) era el signo de aquellos que «han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias», de aquellos que lloran y se duelen de que los hombres abandonen a Dios: «Lleva este signo en la frente quien manifiesta en las obras la fuerza de la cruz». San Francisco recogió de la boca del Romano Pontífice y se aplicó a sí mismo la exhortación de realizar la purificación y renovación de la Iglesia. También desde aquel día -como se ha dicho- tuvo especial veneración por el signo tau: lo escribía con su propia mano al pie de sus breves cartas -como el pequeño pergamino dado al hermano León-, lo grabó en las celdas de los hermanos, lo encomendó en sus exhortaciones, «como si -según dice san Buenaventura-

todo su cuidado se cifrara en grabar el signo tau, según el dicho profético, sobre las frentes de los hombres que gimen y se duelen, convertidos de verdad a Cristo Jesús».

Estas y otras cosas muestran que Francisco se propuso que su obra sirviera humildemente a los proyectos de renovación espiritual, comenzados por la jerarquía. Para realizarla, él aportó su santidad, ayuda ésta que no podía ser sustituida por nada. Con su total entrega a la obediencia del Espíritu, lo que le hacía semejante a Cristo crucificado, se hizo instrumento por el que el Espíritu mismo pudiera renovar internamente a la Iglesia, para hacerla «santa e inmaculada». Este hombre de Dios, movido por «inspiración divina» -como él mismo solía afirmar-, es decir, impulsado por el fervor del Espíritu Santo, realizó todas estas cosas; buscó en todo el «Espíritu y vida», palabras de San Juan que él empleaba con gusto. De aquí, sin duda, manó aquella fuerza admirable y eficaz de renovación, presente en su persona y en su vida.

Y así se convirtió en verdadero promotor de la renovación de la Iglesia, no con la contestación y la crítica, sino con la santidad. El tiempo que atraviesa ahora la Iglesia, por muchos motivos, es semejante al tiempo en que vivió san Francisco. El Concilio Vaticano II ha ofrecido abundantes proyectos y documentos de renovación de la vida cristiana. Pero, como ya escribimos en la Carta para conmemorar los 1600 años del primer Concilio de Constantinopla y el 1550 del Concilio de Éfeso: «toda la labor de renovación en la Iglesia, que providencialmente ha propuesto o iniciado el Concilio Vaticano II [...] no puede realizarse a no ser en el Espíritu Santo, es decir, con la ayuda de su luz y de su fuerza». Pero esta importantísima acción del Espíritu Santo, por regla general no se realiza si no es a través de hombres en cuyo espíritu se haya derramado profusamente el Espíritu de Cristo, haciéndolos sus instrumentos y capacitándolos para difundir, de diversos modos, este mismo Espíritu en sus hermanos.

Así, pues, nos parece que la memoria del nacimiento de san Francisco, que celebramos solemnemente este año, habida cuenta de lo expuesto antes, es una gracia especial de Dios dada a su Iglesia en estos tiempos. Por eso, principalmente a los movimientos de fieles y a las fuerzas nuevas, que la acción de Dios suscita hoy en la Iglesia, se les advierte que -como hizo Francisco- trabajen con denuedo y con plena fidelidad en la misma Iglesia, de manera que, dejando cualquier tipo de proyecto particular de renovación y reforma, aporten humildemente su colaboración, con el propio carisma, a los proyectos por los que la Iglesia ha optado en

el Concilio Vaticano II. Hoy, como en los tiempos de san Francisco, se necesitan hombres que lleguen a la novedad de vida por la comunión con la pasión de Cristo, hombres de los que el Espíritu pueda servirse con libertad para la construcción del Reino. Si no es así, existe el peligro de que las normas y directrices del Concilio, aunque óptimas, sean ineficaces o, por lo menos, no produzcan los frutos que se pudiera esperar para bien de la Iglesia.

La Iglesia dirige esta exhortación a todos sus hijos, pero especialmente, dada la presente ocasión, a los que se decidieron a seguir más de cerca las huellas del Pobre de Asís en las distintas órdenes e Institutos, que lo tienen como fundador o que se esfuerzan en seguir su preclara forma de vida. La Iglesia espera de ellos que, inflamados con nuevo ardor espiritual, contribuyan a su progreso con la santidad, para que de algún modo resuciten aquel gran don que mediante san Francisco de Asís recibió el mundo de su tiempo. Con esta esperanza os impartimos del mejor grado la bendición apostólica, prenda de las gracias del cielo y testimonio de nuestro amor, a vosotros, queridos hijos, a las Familias religiosas que presidís, a las monjas y religiosas franciscanas y a todos los miembros de la Tercera Orden del mismo san Francisco.

EL MUNDO TIENE NOSTALGIA DE TI

*San Francisco,
que recibiste los estigmas en el Alverna,
el mundo tiene nostalgia de ti
como icono de Jesús crucificado.
Tiene necesidad de tu corazón
abierto a Dios y al hombre,
de tus pies descalzos y heridos,
y de tus manos traspasadas e implorantes.
Tienen nostalgia de tu voz débil,
pero fuerte por el poder del Evangelio.
Ayuda, Francisco,
a los hombres de hoy a reconocer
el mal del pecado y a buscar
su purificación en la penitencia.
Ayúdalos a liberarse también
de las estructuras del pecado
que oprimen a la sociedad actual.
Reaviva en la conciencia de los gobernantes
la urgencia de la paz
en las naciones y entre los pueblos.
Infunde en los jóvenes tu lozanía de vida,
capaz de contrastar las insidias
de las múltiples culturas de muerte.
A los ofendidos por cualquier tipo de maldad
concédeles, Francisco, tu alegría de saber perdonar.
A todos los crucificados por el sufrimiento,
el hambre y la guerra, ábreles de nuevo
las puertas de la esperanza.
Amén.*

(Santuario del Monte Alverna, Capilla de los estigmas, 17 de septiembre 1993)

Francisco y Clara

Es difícil separar los nombres de Francisco y Clara. Es algo profundo, algo que no puede entenderse sino con criterios de espiritualidad franciscana, cristiana, evangélica; no puede entenderse con criterios humanos. El binomio Francisco-Clara es una realidad que sólo se entiende con categorías cristianas, espirituales, del cielo. Pero es también una realidad de esta tierra, de esta ciudad, de esta Iglesia. Todo ha tomado cuerpo aquí. No se trata sólo de espíritu; ni son ni eran espíritus puros; eran cuerpos, personas, espíritus. Pero en la tradición viva de la Iglesia, del cristianismo entero, no queda sólo la leyenda. Queda el modo en que san Francisco veía a su hermana, el modo en que ella se desposó con Cristo; se veía a sí mismo a imagen de ella, imagen de Cristo, en la que veía retratada la santidad que debía imitar; se veía a sí mismo como un hermano, un pobrecillo a imagen de la santidad de esta esposa auténtica de Cristo en la que encontraba la imagen de la Esposa perfectísima del Espíritu Santo, María Santísima. No es sólo leyenda humana, sino leyenda divina digna de contemplarse con categorías diferentes, de contemplarse en la oración.

(Discurso a las Clarisas, Asís, 12 de marzo de 1982)



Discurso a los Franciscanos comprometidos en la misión popular en la diócesis de Roma

(15 noviembre 1982)

VAYAN ENTRE LOS HOMBRES Y LAS MUJERES DE NUESTRO TIEMPO

Queridísimos hermanos y hermanas:

1. ¡Bienvenidos a la casa del Papa, del Obispo de Roma!

Con espíritu rebosante de alegría os dirijo mi cordial saludo en este encuentro que, por las circunstancias en que se desarrolla, reviste particularísima importancia. Habéis comenzado la «misión al pueblo» de la Urbe.

Las familias franciscanas de Italia no podían ofrecer un don más grato a esta diócesis y a mi persona, con ocasión del VIII centenario del nacimiento de san Francisco de Asís. Emprendéis una fatiga pastoral que, por su gran amplitud y por la metodología con que es llevada, se impone a la atención asombrada de todos los que se interesan por la vida cristiana de Roma. De esta generosa y genial iniciativa vuestra surgirán ciertamente orientaciones útiles para la evangelización de nuestra Iglesia local.

2. Vuestro «don» es un «gesto profético» de exquisito sabor franciscano. Retorna a la mente una maravillosa página de la historia de vuestra Orden y de la historia de la Iglesia. Cuando, el año 1210, san Francisco fue a ver a Inocencio III para la aprobación de su «forma de vida», el Papa recordó un sueño que había tenido pocos días antes, e iluminado por el Espíritu Santo, afirmó que se había realizado precisamente en él. Efectivamente, había soñado que la basílica de Letrán estaba para derrumbarse y que un religioso, pequeño y despreciable, la apuntalaba con sus hombros, para que no cayese. «Ciertamente –dijo– es éste quien con obras y enseñanzas sostendrá la Iglesia de Cristo» (2C 17).

3. Vuestro «don» se inserta en el constante compromiso de evangelización que, en estos últimos años, con mayor incisividad y entusiasmo, está desarrollando la Iglesia, «enviada por Dios a las gentes para ser "sacramento universal de salvación"» (Ad gentes 1). Testimonio vivo y

elocuente de ello son, entre otras cosas, la IIIª Asamblea General del Sínodo de los Obispos (desde el 27 septiembre hasta el 26 de octubre de 1974), reunida para estudiar el problema de la evangelización en el mundo contemporáneo; la IVª Asamblea General del mismo Sínodo de los Obispos (octubre de 1977), que afrontó el tema de la catequesis dirigida sobre todo a los niños y a los jóvenes; la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* de mi venerado predecesor Pablo VI; la *Catechesi tradendae*, que nació de idéntica solicitud pastoral.

¡Vuestra iniciativa es un testimonio concreto de este camino misionero de la Iglesia!

4. Las misiones al pueblo, como sabéis, tienen páginas fúlgidas de belleza en la historia de la Iglesia, escritas por figuras geniales, como san Carlos Borromeo, san Ignacio de Loyola, san Vicente de Paúl, san Leonardo de Porto Mauricio, san Pablo de la Cruz, san Gaspar del Búfalo, san Alfonso María de Liguori, el beato Eugenio De Mazenod y por tantos otros apóstoles infatigables.

La Iglesia debe mucho a las Órdenes y a las Congregaciones que promueven este tipo de evangelización.

Las misiones tradicionales, «tantas veces abandonadas con excesiva prisa», como he observado en la *Catechesi tradendae*, son en realidad «insustituibles para una renovación periódica y vigorosa de la vida cristiana: hay que reanudarlas y remozarlas» (n.º 47), y «proponerlas de nuevo con métodos y criterios actualizados y adaptados en las diócesis y en las parroquias, de acuerdo con las Iglesias locales» (*Discurso a los participantes en el congreso de «Misiones al pueblo para los años 80»*, en L'Oss. Rom. Ed. esp., 8-III-81, p. 2).

Sin embargo, debe quedar clara una cosa: en la tarea catequística no se trata de adaptar el Evangelio a la «sabiduría del mundo» (cf. *1 Co* 2, 6). No son los análisis de la realidad, o el uso de las ciencias sociales o el empleo de las estadísticas, o la perfección de los métodos y técnicas organizativas -medios ciertamente útiles- los que han de determinar los contenidos del Evangelio recibido y profesado. Debéis anunciar a Cristo Jesús «y a éste crucificado». Que vuestras palabras no se basen «en persuasivos discursos de sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu y del poder» (*1 Co* 2, 4). «El método y el lenguaje utilizados deben seguir siendo verdaderamente instrumentos para comunicar la totalidad y no una parte de las "palabras de vida eterna" (*Jn* 6, 69) o del "camino de la vida" (*Hch* 2, 28)» (*Catechesi tradendae*, 31).

5. Una indicación clara para la incisiva acción pastoral de las misiones en nuestros días es la opción por la familia, «iglesia doméstica» (*Lumen gentium* 11; *Apostolicam actuositatem* 11), como lugar privilegiado para el anuncio del Evangelio. Decía Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*: «La familia, al igual que la Iglesia, debe ser un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia. Dentro, pues, de una familia consciente de esta misión, todos los miembros de la misma evangelizan y son evangelizados. Los padres no sólo comunican a los hijos el Evangelio, sino que pueden a su vez recibir de ellos este mismo Evangelio profundamente vivido [...] Una familia así se hace evangelizadora de otras muchas familias y del ambiente en que ella vive» (n.º 71).

También la parte de Iglesia donde vosotros anunciáis la Buena Nueva, mi querida diócesis de Roma, está haciendo un gran esfuerzo por la pastoral familiar, como testimonia el «Congreso unitario diocesano», que se celebró los días 18-20 del pasado mes de octubre sobre el tema: «La familia, signo e instrumento de comunión para la comunidad». Ante la situación de muchos cristianos de hoy, tentados por el agnosticismo, el racionalismo, el hedonismo, el consumismo, un cristianismo sociológico sin dogmas y sin moral objetiva, «la acción catequística de la familia tiene un carácter peculiar y en cierto sentido insustituible» (*Catechesi tradendae* 68).

El «espacio sagrado» más idóneo para la psicología del hombre moderno parece ser la casa, como en los tiempos apostólicos, cuando los Apóstoles «en el templo y en las casas no cesaban todo el día de enseñar y anunciar a Cristo Jesús» (*Hch* 5, 42; cf. *Hch* 12, 12; 20, 20). Hay que buscar las raíces de la «iglesia doméstica» precisamente en la actividad misionera de Jesús, que no tenía casa propia (cf. *Mt* 8, 20), pero frecuentemente visitaba las casas para conversar con sus oyentes sobre la Palabra de Dios (cf. *Lc* 19, 9-10; 5, 19; 10, 38; 7, 36).

Así como la casa sigue siendo el lugar ideal para salvaguardar en el plan humano la dignidad de la persona contra la invasión indiscreta y frecuentemente funesta de una sociedad de consumo, también pueden convertirse, las «paredes domésticas», en espacio idóneo para reavivar la fe; donde los padres, conscientes de su sacerdocio común, deben ser para sus hijos, con las palabras y el ejemplo, «los primeros predicadores de la fe» (*Lumen gentium* 11). «La catequesis familiar precede, pues, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis» (*Catechesi tradendae* 68).

«En cualquier casa que entréis, decid primero: La paz sea con esta casa. Si hubiera allí un hijo de la paz, descansará sobre él vuestra paz; si

no, se volverá a vosotros» (Lc 10, 5-6). En el clima familiar se puede entablar un «diálogo» espontáneo, que puede partir de lejos y tomar itinerarios imprevisibles, pero al fin llega siempre a establecer una confrontación con la Palabra de Dios, y frecuentemente se transforma en oración ferviente, cuando los presentes se vuelven a descubrir como Pueblo de Dios, dispuestos a insertarse de nuevo, renovados, en la comunidad parroquial, que «debe seguir siendo la animadora de la catequesis [...] (y) una referencia importante para el pueblo cristiano, incluso para los no practicantes» (*Catechesi tradendae* 67). En la parroquia se realiza la síntesis, indispensable para la salvación, entre evangelización y sacramentos: «La vida sacramental se empobrece y se convierte muy pronto en ritualismo vacío, si no se funda en un conocimiento serio del significado de los sacramentos. Y la catequesis se intelectualiza, si no cobra vida en la práctica sacramental» (*Catechesi tradendae* 23).

6. Hijos queridísimos, no os quedéis sólo en las casas, sino ampliad vuestro apostolado a espacios universales, como quiere el Señor: «id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (*Mc* 16, 15); sed conscientes de que «el esfuerzo para anunciar el Evangelio a los hombres de nuestro tiempo, sostenidos por la esperanza pero, a la vez, perturbados con frecuencia por el temor y la angustia, es sin duda alguna un servicio que se presta a la comunidad cristiana e incluso a toda la humanidad» (*Evangelii nuntiandi* 1). Id hacia ese «gran número de personas que recibieron el bautismo pero viven al margen de la vida cristiana» (*ob. cit.*, 52). Id a «revelar a Jesucristo y su Evangelio a los que no los conocen» (*ob. cit.*, 51). Id, vosotros que sois los «hermanos del pueblo», al corazón de las masas, a esas multitudes dispersas y extenuadas «como ovejas sin pastor», de las que Jesús sentía compasión (*Mt* 9, 36). Vuestro seráfico Padre predicó ante el Papa, los cardenales (*1C* 73), los sarracenos (*1C* 55) e incluso a los pájaros (*1C* 58-59) y a las extensiones de los prados y a las flores (*1C* 81), e invitaba a todas las criaturas a alabar a Dios.

Id, pues, también vosotros a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. ¡No esperéis a que vengan a vosotros! ¡Intentad vosotros mismos alcanzarlos! El amor de Cristo nos impulsa a esto. El amor debe buscar. «Caritas Christi urget nos» (2 *Co* 5, 14), «La caridad de Cristo nos impulsa». Toda la Iglesia os lo agradecerá.

7. Las palabras de Jesús: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (*Mc* 16, 15), que confieren a la evangelización

una universalidad sin fronteras, encuentran una respuesta admirable incluso en vuestra espiritualidad, caracterizada por el estilo itinerante.

San Francisco, apasionado imitador de Jesús, prefirió la «itinerancia» evangélica a la estructura tradicional de la vida religiosa de su tiempo, fundada sobre el eje de la «*stabilitas loci*», la estabilidad del lugar. «Obtenida la investidura por parte del Papa, Francisco, yendo por ciudades y pueblos, comenzó a predicar en todas partes» (cf. *TC* 54; *1C* 62; *2C* 17), y envió a sus hermanos por el mundo como «peregrinos y forasteros» (cf. *2R* 6; *EP* 10).

Que vuestra evangelización itinerante esté marcada por la inconfundible «alegría franciscana». Recordad cómo vuestro seráfico Padre tuvo por sumo y principal afán «disfrutar continuamente de la alegría espiritual interior y exterior aun fuera de la oración y del oficio divino. Y lo mismo quería de modo especial en sus hermanos; incluso los reprendía muchas veces cuando los veía exteriormente tristes y de mal humor», porque al siervo de Dios no le corresponde mostrar melancolía o un aspecto afligido ante sus hermanos o ante los demás (cf. *EP* 95).

Repetid en vuestra predicación las palabras del Apóstol: «Alegraos siempre en el Señor; de nuevo os lo digo: alegraos. Vuestra amabilidad sea notoria a todos los hombres» (*Flp* 4, 4-5). Sed testigos de esto con vuestro comportamiento. Que vuestra vida sea «testimonio de vuestro gozo, un gozo que se lea en los ojos y en la actitud, además de en las palabras, y que ponga de manifiesto claramente ante quien os ve, vuestra seguridad de que poseéis el "tesoro escondido", "la piedra preciosa", cuya adquisición no admite lamentos por haber renunciado a todo, según el consejo evangélico (cf. *Mt* 13, 44-45)» (*Discurso de Juan Pablo II a las religiosas de Roma*, 10-XI-1978).

«La sociedad tecnológica ha podido multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría, porque la alegría tiene otro origen. Es espiritual. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza forman parte, por desgracia, de la vida de muchos», notaba Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Gaudete in Domino*, 1.

La Virgen María, Madre de la Palabra, que vio a Jesús «crecer en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres» (*Lc* 2, 52), os ayude a «formar a Cristo» (*Ga* 4, 19) en las almas de los que se acercan a vosotros.

Que os acompañe para ello mi afectuosa y propiciadora bendición.

Mensaje desde el Eremitorio de Greccio

(2 enero 1983)

EL CAMINO PARA SALVAR EL MUNDO ES AQUÉL INDICADO POR EL EVANGELIO

Amados hermanos y hermanas:

1. Mi peregrinación de hoy al valle de Rieti llega a su cumbre en este santuario de Greccio situado entre ásperas rocas y bosques solitarios, construido con piedras sagradas y gastadas por la presencia y oración de generaciones ininterrumpidas de peregrinos en busca de paz y de alegría franciscanas. Quiero concluir aquí la solemne celebración del VIII centenario del nacimiento de san Francisco de Asís que, a lo largo del año pasado, ha dado lugar en todas partes a una gran floración de acertadas iniciativas que dieron nuevos impulsos a la vida de toda la Iglesia y, en especial, a la de los seguidores más inmediatos del Santo.

2. Doy gracias en primer lugar al Señor Ministro Darida por su presencia y las palabras que me ha dirigido en nombre del Gobierno italiano, y expreso mi agradecimiento al superior general de la Orden de los Hermanos Menores que acaba de interpretar los sentimientos de las familias franciscanas.

Dedico un saludo asimismo al cardenal Antonelli y al obispo de Rieti; y también os saludo con toda cordialidad a vosotros, habitantes de Greccio, y en especial a las autoridades, a vuestro alcalde sobre todo, y al consejo consistorial, dirigiendo a todos el deseo de «Paz y Bien» tan repetido en este Valle Santo, «resonancia de silencio y serenidad», por los mismos labios del hombre de Asís, que dejó en esta tierra huella singular de su alma de santo, de apóstol, y también de legislador. Han pasado muchos siglos, la historia ha escrito páginas abundantes, pero en los vetustos conventos del Valle de Rieti se notan con viveza los recuerdos del Pobrecillo que aquí predicó, oró, hizo penitencia y obró prodigios.

El nombre de Greccio saltó a la historia desde la Navidad de 1223, es decir cuando san Francisco construyó aquí el primer nacimiento, intuición mística y popular que se extendió por todo el mundo suscitando fermentos de vida cristiana. También al hombre de hoy, lanzado felizmente al espacio y rodeado a la vez de un vacío inquietante de valores y certe-

zas, Greccio, «Belén franciscano», dirige un mensaje de salvación y de paz: el Verbo encarnado, el Niño divino quiere alcanzar y convertir también los corazones de esta generación, y les invita a hacer experiencia de un amor infinito que llegó hasta revestirse de nuestra carne mortal para ser fuente de perdón y nueva vida.

Además, san Francisco tenía predilección por los habitantes de Greccio a causa de la pobreza y sencillez de éstos, y llegó a decir: «En, ninguna ciudad grande he visto tantas conversiones como en este pequeño lugar de Greccio». Es éste un testimonio válido también para el presente y se refiere a las virtudes de la sobriedad y el desprendimiento, encaminadas a recobrar el verdadero señorío sobre las cosas y, mejor aún, a estar más cerca de quienes sufren indigencia extrema en una sociedad opulenta y, por ello, a menudo injusta. Reviven de este modo la fraternidad y el sentido de solidaridad universal inmanentes en la espiritualidad franciscana y sumamente necesarias para que la humanidad descubra de nuevo en la libertad auténtica la capacidad de entonar un canto de alabanza y agradecimiento a Dios con la creación entera.

Por ello terminaré mi saludo a vosotros, gente de Greccio, con las palabras del Santo: «Toda criatura del cielo, de la tierra y del mar [...] rinda a Dios alabanza, gloria, honor y bendición; porque Él solo es omnipotente, admirable, glorioso, y el solo santo, laudable y bendito por los infinitos siglos de los siglos» (2CtaF 61-62).

3. Y ahora, desde el santuario que simboliza en cierto modo la doble dimensión contemplativa y apostólica de la vocación franciscana, quiero dirigirme en particular a los seguidores más inmediatos del Santo de Asís, a los religiosos de sus cuatro familias, y dedicarles un mensaje al final del mencionado centenario.

Jesucristo, encarnado y muerto por el hombre, figura en el centro de la espiritualidad de Francisco. Los misterios de la Encarnación y la Redención lo son todo para él, que quiere unirse al Maestro con una imitación tan literal que es contestada incluso por los suyos. Pasando por alto todo el lenguaje simbólico, nota dominante de la cultura medieval, su relación con Cristo es directa y prescinde de excesivas mediaciones doctrinales. Para él, Dios es verdaderamente «el que es»; y Jesús, Hijo unigénito del Padre e Hijo de María, es maestro y compañero de la aventura humana que de la redención saca certeza y alegría. Francisco está en diálogo continuo con Jesucristo, le hace intervenir en las discusiones sobre la Regla, le pide consejo, fuerza, ayuda. Puede decirse que vive

continuamente en su presencia. Es preciso ver en este estilo franciscano una fuente de autenticidad evangélica perenne, una escuela que mira siempre a los orígenes, a la esencia, a la verdad de la vida cristiana.

En este momento acuden a la mente las palabras sobrias e incisivas a un tiempo de Tomás de Celano sobre el Santo: «La suprema aspiración de Francisco, su más vivo deseo y su más elevado propósito, era observar en todo y siempre el santo Evangelio y seguir la doctrina de nuestro Señor Jesucristo y sus pasos con suma atención, con todo cuidado, con todo el anhelo de su mente, con todo el fervor de su corazón» (1C 84). Ello mereció a Francisco el título de «nuevo evangelista», pues puso el Evangelio por fundamento de su legislación y vida espiritual, y a su luz resolvió todos los problemas que se le presentaron en el camino.

4. Queridos hermanos de las cuatro grandes familias franciscanas: Perteneceís a Órdenes distintas, en cuyos fines específicos y particular orientación formativa participáis; pero todos juntos formáis la gran familia de los hijos de san Francisco, que se proponen profesar su carisma e ideal evangélico. Tenéis conciencia creciente de vivir en una hora semejante en muchos aspectos a la del Santo, apremiantemente necesitada de testimonios de autenticidad genuina y radicalismo cristiano para poder salir de la espiral sofocante del «humanismo horizontal» que, por haber vaciado su interior de valores trascendentes, corre peligro de precipitar a toda la sociedad a la autodestrucción. Es tiempo de testimoniar el Evangelio con nuevo tesón y predicarlo «sine glossa», sin glosa.

El único camino para llegar a la alegría, libertad, amor fraterno y paz, metas ansiadas también por la generación actual, es el indicado en el Evangelio. Éste constituye para cada hombre el camino hacia Dios, camino que nos lleva a encontrar la paternidad divina; camino que conduce hacia uno mismo para redescubrir la propia dignidad y hacia el prójimo para poner por obra la fraternidad verdadera.

La alegría, la libertad, la paz y el amor, valores eminentemente franciscanos, no se reunieron en el Santo por excepción o pura casualidad, sino que fueron fruto de un proceso dramático que él condensa en la expresión más frecuente en sus labios de «hacer penitencia», que se corresponde con la pronunciada por Jesús al comienzo de su predicación: «Arrepentios y creed en el Evangelio» (Mc 1,15). Llegó a la alegría a través del sufrimiento, a la libertad mediante la obediencia, al amor de las criaturas por la victoria sobre el egoísmo. En el todo está modelado según Cristo crucificado; incluso su pobreza radical tiene por móvil último el seguimiento del

Crucificado. De este modo Francisco llega a ser seguidor auténtico y sublime de Cristo y participa de su fuerza de atracción universal.

5. A una sociedad como la nuestra, toda proyectada a la superación del sufrimiento, esclavitud, violencia y guerra, y al mismo tiempo sumida en la angustia ante la terrorífica inutilidad de sus esfuerzos, es necesario predicar el Evangelio con toda mansedumbre después de haberlo testimoniado del mismo modo (2R 3, 10-13); pero también con santa valentía para convencer a los cristianos de que no nos transformamos en hombres nuevos que saboreen la alegría, la libertad y la paz, si no se reconoce en primer lugar el pecado que hay en nosotros, para pasar luego, mediante un verdadero arrepentimiento, a dar «frutos dignos de penitencia» (cf. Lc 3, 8).

En efecto, el rechazo de Dios, el ateísmo erigido en sistema teórico y práctico o vivido sencillamente en la sociedad de consumo, se encuentra en la raíz de todos los males presentes, desde la destrucción de la vida, incluso incipiente, hasta todas las injusticias sociales, pasando por la pérdida del sentido de toda moralidad. El tema de la penitencia, en cuanto condición de la experiencia viva del amor misericordioso del Señor en todos los niveles de la condición humana, es tema de actualidad suma en esta expectación del Año Jubilar de la Redención.

6. Desde este santuario de Greccio, a los que estáis llamados a ser hombres del Evangelio como vuestro padre Francisco, os repito que urge acercarse a los hombres de hoy asumiendo sus vicisitudes, problemas y sufrimientos, pero sobre todo para convencerles de que en el Evangelio se halla la senda segura de salvación y que todo otro camino es arduo, inseguro, insuficiente y con frecuencia no conduce a nada. Llevad a nuestra época la Buena Noticia que es anuncio de esperanza, reconciliación y paz; resucitad a Cristo en el corazón de los hombres angustiados y oprimidos; para todos sed custodios y testigos de la esperanza que no defrauda. Como Francisco, sed los «heraldos del gran Rey» (1C 16).

Ocasión propicia para dar nuevo vigor a vuestra misión de evangelizadores e intensificar vuestro valioso servicio a la Iglesia, os la ofrece el Año Jubilar que nos aprestamos a celebrar en este último retazo del milenio, para encender de nuevo en los corazones el sentido gozoso y seguro de la redención perenne, fuente de todo bien para la humanidad (cf. 1Co 8, 6).

Hijos de san Francisco: Confiando en vuestra docilidad de hombres del Evangelio, de quienes el Espíritu pueda disponer libremente para la

construcción del Reino, seguro de vuestra fidelidad a los sucesores de Inocencio III y de Honorio III, a quienes vuestro Seráfico Padre prometió obediencia, también en nombre de las futuras generaciones de Hermanos Menores, invoco para cada uno abundantes gracias de franciscana y perfecta alegría y de fecundo apostolado evangélico, a la vez que os impartó mi bendición apostólica.

Mensaje Navideño - 25 de Diciembre 1986

Oh, qué hermosos son los pies de aquel mensajero de alegres noticias cuyo nombre es Francisco el Poverello de Asís, de Greccio y del Alverna, Francisco amante de todas las criaturas; Francisco conquistado por el amor del niño divino, nacido en la noche de Belén; Francisco en cuyo corazón Cristo comenzó a reinar, para que también por medio de la pobreza del discípulo nosotros comprendiéramos mejor la pobreza del Maestro y fuéramos inducidos a pensamientos de amor y de paz.

El Obispo de Roma, el día de Navidad, da las gracias... a todos y cada uno por aquella jornada singular en la que decidimos

- *frente a todas las potencias de esta tierra; que devoran en armamentos, riquezas incalculables, disipan en cosas superfluas recursos preciosos, y hacen temer destrucciones apocalípticas,*
- *frente a todas estas potencias amenazadoras decidimos ser pobres,*
- *pobres como Cristo, Hijo de Dios y salvador del mundo,*
- *pobres como Francisco, elocuente imagen de Cristo,*
- *pobres como tantas almas grandes, que han iluminado el camino de la humanidad.*

Lo decidimos teniendo a nuestra disposición solamente este medio, el medio de la pobreza, y solamente este poder, el poder de la debilidad: sólo la oración y solamente el ayuno...

¿Acaso no es menester que el mundo escuche [...] el testimonio de la noche de Belén? ¿Qué escuche a Dios nacido en la pobreza? ¿Que escuche a Francisco, heraldo de las ocho bienaventuranzas?...

Mensaje al
Capítulo General OFM 1985
(8 Mayo 85)

LAS EXPECTATIVAS FRENTE A LOS HERMANOS MENORES

Queridos Padres Capitulares de la Orden de Hermanos Menores:

1. En vista del Capítulo General que va a comenzar, el Ministro General saliente, Padre John Vaughn, en conformidad con las Constituciones de la Orden, me ha pedido que tuviera a bien designar un Delegado mío, encargado de presidir, en nombre y representación de la Sede Apostólica, la elección del Ministro General, una de las principales tareas del mismo Capítulo.

Quiero agradecer vivamente esta invitación tan cortés, que me confirma la devoción de la Orden hacia la Sede de Pedro y la expectativa que nutre de ser iluminada y sostenida por ésta, en una circunstancia tan importante para su vida interna y para su servicio a la Iglesia. En efecto, sé muy bien -como dijo mi venerado predecesor Pablo VI a los participantes del Capítulo General de 1967- que toda la Iglesia de Dios se honra de vuestra difusión mundial, de vuestro ejemplo evangélico, de vuestro generoso apostolado (cf. *Insegnamenti* V, 1967, p. 296), del que tantos y tan maravillosos frutos se han derivado en el curso de los siglos.

2. Es constante solicitud de los Romanos Pontífices ayudar con autoridad vigilante y premurosa a los Institutos de vida consagrada, especialmente con ocasión de los respectivos Capítulos Generales, para que puedan crecer y florecer según el espíritu del Fundador (cf. *Lumen Gentium* n.º 45).

El Capítulo General es, en efecto, un momento particularmente apropiado para favorecer tal crecimiento, siendo su cometido principal «defender el patrimonio del Instituto», a fin de custodiar fielmente la voluntad e intenciones del Fundador, corroboradas por la autoridad eclesiástica competente, acerca de la naturaleza, fin, espíritu, carácter y sanas tradiciones de cada Instituto (cf. *CIC* 578 y 631 §1).

3. La premura de los Romanos Pontífices en custodiar los genuinos valores del inmenso patrimonio espiritual de tantas generaciones de Religiosos ha tenido expresiones acentuadas con respecto a la Orden de Hermanos Menores, en respuesta al compromiso originario de su estrecha conexión con la Sede Apostólica, sancionado en el capítulo 1 de la Regla aprobada por el Papa Honorio III, la cual es y sigue siendo la Carta constitucional para los Franciscanos de todos los tiempos. En ella, el Hermano Francisco promete «obediencia y reverencia al señor Papa Honorio y a sus sucesores canónicamente elegidos y a la Iglesia romana». Confiere, de esa manera, una peculiar orientación y medida también a la obediencia por él mandada a los Hermanos hacia él mismo y hacia sus sucesores (cf. *Sources chrét.* 285, p. 180s).

La Sede Apostólica, por su parte, ha querido estar particularmente cercana a vuestra Orden en todos los momentos destacados de su historia. Baste recordar, de manera limitada a la época posterior al Concilio Vaticano II, la audiencia a los participantes del Capítulo de 1967 (cf. *Insegnamenti V*, 1967, p. 296-301) y la importante carta al Ministro General con ocasión del Capítulo de 1973 (cf. *Insegnamenti XI*, 1973, p. 572-576) de mi predecesor Pablo VI. Personalmente conservo siempre viva en mi ánimo la alegría que suscitó en mí el encuentro que tuve con los miembros del Capítulo celebrado en 1979, en el cual exhorté a la Orden a la fidelidad a los propios orígenes y a la superación de las dificultades del momento (cf. *Insegnamenti II/I*, 1979, p. 1.597-1.600). Me es grato, al mismo tiempo, reavivar la memoria de la visita que hice, el 16 de enero de 1982, al Pontificio Ateneo «Antoniano», que me brindó la oportunidad de invitar a la Orden entera a contribuir, particularmente por medio de aquella benemérita Institución académica suya, a colmar la necesidad de esperanza de los hombres de nuestro tiempo con la aportación originaria que brota de la experiencia característica de vuestro Fundador (cf. *Insegnamenti V/I*, 1982, p. 139).

4. En una circunstancia igualmente importante cual es la presente, os invito insistentemente a reconsiderar con toda atención los varios encuentros con el Sucesor de Pedro ahora recordados, para sacar de ellos persuasiones claras acerca de las esperanzas que la comunidad cristiana y el mundo alimentan hoy respecto de la Orden de Hermanos Menores. Los cristianos esperan que vosotros améis a la Iglesia como S. Francisco la amó (cf. Juan Pablo II al Capítulo de 1979: *Insegnamenti II/1*, 1979, p. 1.599); los hombres os piden un testimonio evangélico claro y desean

que mostréis a todos la sublimidad de vuestra vocación (cf. Pablo VI al Capítulo de 1973: *Insegnamenti XI*, 1973, p. 575).

5. Con la misma insistencia os exhorto, pues, a realizar una atenta revisión de las teorías y de las prácticas que se han revelado como impedimento para responder a tales esperanzas, y a poner en práctica todo lo que puede ser de ayuda para el pleno cumplimiento de los deberes inherentes a vuestra particular forma de vida.

A tal fin, se deberá ante todo poner el mayor empeño en que la Orden realice y consolide la especificidad incluso jurídica de todo Instituto de vida consagrada, que es la de ser «una forma estable de vivir» (*CIC* 573 § 1), y no, por consiguiente, un «movimiento» abierto a nuevas opciones continuamente sustitutivas de otras, en la incesante búsqueda de una identidad propia, como si todavía no se la hubiese encontrado. A este respecto, no puedo dejar de señalar que también la multiplicación de «lecturas» de la Regla lleva consigo el riesgo de sustituir el texto de la misma Regla por una interpretación suya, o al menos, el de oscurecer la simplicidad y pureza con las que fue escrita por San Francisco (cf. *Test* 39: *Sources chrét.* 285, p. 210).

Además, deberá evitarse que la misma palabra «fraternidad», tan hermosa y significativa en labios de S. Francisco para designar a su Orden (cf. *2R* 8, 1; 9, 2; 12, 3; *Test* 33: *Sources chrét.* 285, p. 192, 194, 198, 210), asuma significados ambiguos que, mientras favorecen la independencia, no protegen la justicia, dando así paso a la instauración de una crisis funesta de autoridad, nunca separada de la crisis también de obediencia.

Será, luego, muy saludable el incremento del servicio al Señor en aquella pobreza que S. Francisco quiso como característica nativa de su Orden (cf. *2R* 6, 2: *Sources chrét.* 285, p. 190), recomendándola como la virtud de los innumerables frutos, aunque ocultos (cf. *LM* 7, 1: *Analecta Franciscana X*, Ad Claras Aquas 1941 p. 587). Esta «altísima pobreza» no puede agotarse en proclamas en defensa de los pobres, aunque sean evangélica y socialmente justas y obligatorias. Ella recibe plenitud de significado religioso solamente si es también pobreza realmente vivida. Por otra parte, cuando es efectivamente practicada, la pobreza exige que los frutos por ella producidos permanezcan escondidos, al menos en parte, volviéndose de tal modo a la vez humildad y sabiduría, e induciendo a vivir más de silencio que de propaganda, y a evitar el recomendarse a sí mismos o el compararse solamente consigo mismos (cf. *2Co* 10, 12).

Quisiera, finalmente, exhortaros a no abandonar, sino más bien a revitalizar, en orden al apostolado misionero y a la recta educación en la fe y la piedad del Pueblo cristiano, vuestras sanas tradiciones, entre las cuales me place subrayar la peculiar veneración a los misterios de Cristo Verbo Encarnado y de la santísima Eucaristía, el amor filial a la Virgen, Madre Inmaculada del Redentor, la fiel comunión eclesial con los Pastores puestos por Dios como guía de su Pueblo.

6. Son éstas, carísimos Hermanos, las consideraciones y exhortaciones que deseo haceros llegar con este Mensaje especial, con la intención de hacer crecer en vosotros, reunidos en Capítulo General, la conciencia de la gravísima responsabilidad que tenéis ante la Orden y ante toda la Iglesia, en el momento en que os disponéis a renovar el Gobierno Central de la misma Orden, y a definir las orientaciones que vincularán a los Religiosos y a las Instituciones que representáis.

Son consideraciones y exhortaciones que confluyen en el deseo, a la vez mío y vuestro, de que la Regla de S. Francisco sea en todo observada tal como ha sido aprobada e interpretada por la Iglesia. Sobre tales consideraciones y exhortaciones invoco, por ello, con acrecentado afecto, el aliento divino, tomando prestadas las palabras mismas con que S. Francisco concluye su Carta a toda la Orden: «Benditos seáis del Señor los que hagáis estas cosas y el Señor esté eternamente con vosotros. Amén» (*Sources chrét.* 285, p. 254, v. 49).

7. Con el deseo de hacer cuanto sea posible para que dichas consideraciones encuentren adecuada expresión, tanto en las personas que deberán guiar la Orden en el próximo sexenio, como en la renovada legislación y en las opciones prioritarias de competencia del presente Capítulo, con gusto respondo a la petición que me ha sido dirigida y dispongo que tome parte en el Capítulo, como Delegado mío, S. E. Mons. Vincenzo Fagiolo, Secretario de la Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares, del cual conocéis los sentimientos de fraterna simpatía hacia vuestra Orden y las dotes de competencia y de prudencia, tan necesarias para el cumplimiento de tan delicado encargo.

Con este gesto de afectuosa atención hacia la Orden, sé que me conecto idealmente con aquella intuición eclesial consignada por S. Francisco en el capítulo conclusivo de la Regla, donde, al imponer por obediencia a los Ministros que pidieran «al señor Papa un cardenal de la santa Iglesia romana como gobernador, protector y corrector de la Orden», el

Pobrecillo indicaba la motivación profunda de tal petición: «para que, siempre sumisos y sujetos a los pies de la misma santa Iglesia, firmes en la fe católica, guardemos la pobreza y humildad y el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo que firmemente prometimos» (*Sources chrét.* 285, p. 198, 3-4).

8. Confío, por tanto, vuestros trabajos al amor del Padre, a la gracia del Hijo y a la asistencia del Espíritu Santo. Y mi oración se une a la vuestra en la invocación a la Inmaculada Virgen María, que a vosotros os gusta venerar como Madre y Reina de la Orden.

Con el auspicio de que S. Francisco siempre esté con vosotros y de que vosotros miréis siempre a él, según vuestra expresión litúrgica doméstica, como la «forma Minorum, virtutis speculum, recti via, regula morum», envío a todos y a cada uno, con sincera benevolencia, mi Bendición Apostólica.

Monte Alverna, en el refectorio del Convento, 17 de septiembre 1993

En este lugar privilegiado, donde nació no solamente el franciscanismo, sino que también renació el cristianismo. Francisco era un gran buscador de la verdad, de las realidades divinas. Estas dos: la Creación..., enamorado de la Creación; y la segunda: la Redención..., enamorado del Redentor. Lo que sucedió en el Alverna, con los estigmas, fue solamente un signo externo de su participación en el misterio de la Redención. Misterio que exaltó tanto San Pablo, cuando decía que para él Jesucristo crucificado era todo... Francisco procedía de la misma tradición, diría la misma raza espiritual. Así ha permanecido durante siglos, a lo largo de las generaciones. Es muy actual. ¡Actual... que siga actual! Es este un mensaje que rogamos no sea vano: «ne evacuetur crux Christi»; este es el problema de nuestra época: «ne evacuetur crux Christi», y si nosotros esperamos que no «evacuabitur», lo esperamos también en gran parte gracias a este vuestro Poverello, a este vuestro Fundador.. Y así os agradezco por este encuentro significativo, bello, lleno de contenido...

Discurso a los miembros del Capítulo General OFM 1985 (22 Junio 1985)

LAS TRES FIDELIDADES DE LA ESPIRITUALIDAD FRANCISCANA

Queridos padres capitulares de la Orden de Hermanos Menores:

1. Al comenzar los trabajos del Capítulo General, os envié un mensaje de estímulo, de confianza y esperanza, con la intención de ver aún más valorizado el precioso patrimonio espiritual de vuestra Orden, incrementando vuestro amor a la Iglesia, a ejemplo de san Francisco, y cada vez más fielmente observada la Regla que vuestro Seráfico Padre confió a la aprobación y a la custodia de la Santa Madre Iglesia.

En la clausura de vuestros trabajos capitulares tengo la alegría de recibirlos para saludar y dar las gracias no sólo a vosotros, sino a todos los Hermanos Menores, deseándole a cada uno una vida vivida con perenne fidelidad al Evangelio, a la Iglesia, a los ejemplos y enseñanzas de san Francisco.

Y quiero manifestar una gratitud especial al reverendo P. Ministro General de la Orden, P. John Vaughn, por las palabras que acaba de dirigirme.

Permitid que dé las gracias también a Mons. Vincenzo Fagiolo, Secretario de la Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, por su presencia en vuestros trabajos, en calidad de Delegado especial para vuestro Capítulo.

2. La elección del lugar donde se ha celebrado el Capítulo es de por sí altamente indicativa. En efecto, la Porciúncula habla de una conexión profunda con los orígenes y estimula a seguir con profundo fervor el carisma del fundador.

En la cripta de la basílica patriarcal de Santa María de los Ángeles, precisamente ante los restos del pequeño convento que habitó san Francisco, hay un altar apoyado en un robusto tronco de árbol, cuyas ramas sostienen la mesa: se ha querido así representar, de manera eficaz y plástica, la exuberante vitalidad del franciscanismo.

En realidad, la historia de la Orden, ya ocho veces centenaria, demuestra que el árbol, plantado por san Francisco a los pies del altar dedicado a la Virgen de los Ángeles, en la mística capilla de la Porciúncula, ha crecido vigoroso y fructífero, y ha extendido sus ramas por todo el mundo, en virtud del espíritu que lo ha animado desde los orígenes.

Basta echar una mirada al «Martyrologium Franciscanum» (Vicentiae, 1939), en el que se recuerda a los santos, beatos, venerables y siervos de Dios que la Orden Seráfica ha donado a la Iglesia, para darse cuenta de la maravillosa floración de la santidad franciscana.

Yo mismo he tenido la alegría de elevar a los altares al beato Pedro de Betancur, el apóstol de Guatemala y de América Central; a los beatos Salvador Lilli y siete compañeros mártires; a la beata Catalina Troiani, fundadora de las Religiosas Franciscanas Misioneras del Corazón Inmaculado de María, y, el pasado 9 de marzo, he aprobado el decreto sobre las virtudes heroicas del gran apóstol de México y de California, el Venerable Junípero Serra.

Son modelos luminosos de la gran vitalidad religiosa que habéis heredado: las glorias del pasado señalan el camino que la Orden debe continuar recorriendo en el futuro.

3. Las opciones de san Francisco deben ser vuestras opciones; él supo leer desde el principio el Evangelio con ojos límpidos, y se propuso ponerlo en práctica con la mirada fija en el Verbo de Dios que se hizo hombre y hermano nuestro.

Los santuarios de Greccio y del Alverna están recordándonos que el Santo de Asís quiso modelar su vida a ejemplo de la del Redentor, desde Belén al Calvario.

No quiso otros maestros, sino que siguió al único Maestro con todo su amor, con inquebrantable fidelidad y con total renuncia de sí, comprometiéndose en la práctica más rigurosa de la palabra y en la completa disponibilidad al servicio de Dios y de los hombres.

Para estar seguro de sus opciones en la fundación de la Orden, se trasladó de Asís a Roma, para pedir la aprobación del Vicario de Cristo, y en el primer capítulo de la Regla bulada escribió: «El hermano Francisco promete obediencia y reverencia al Señor papa Honorio y a sus sucesores canónicamente elegidos» (2R 1, 2).

Característica eminente de su espiritualidad fue la filial devoción a la Virgen santísima. Ya antes de fundar la Orden de Hermanos Menores, iba

a orar a la capilla de Santa María de los Ángeles, en la Porciúncula, y a los pies del altar dedicado a la Virgen fundó la Primera, la Segunda y la Tercera Orden.

Son, pues, tres los puntos básicos de la espiritualidad franciscana: Fidelidad a Cristo y al Evangelio, vivido en el amor y en la pobreza; devoción filial a la Madre de Dios; fidelidad a la Iglesia.

4. La sociedad moderna tiene todavía necesidad de la presencia de san Francisco, porque tiene necesidad de Cristo, cuyos rasgos más característicos el Pobrecillo supo proponer de nuevo en sí mismo con extraordinaria eficacia. El «franciscanismo» es esencialmente «imitación de Cristo», para el anuncio del Evangelio, para la conversión de los hombres a la única Verdad revelada, para la salvación de las almas con la perspectiva de la eternidad.

Por esto, vuestra presencia es, ante todo, una presencia de *fe convencida y segura*, es decir, de fidelidad a todo el mensaje de Cristo y al Magisterio de la Iglesia que Él quiso y fundó sobre Pedro y los Apóstoles. Sentid en vuestros espíritus el apremio de la unidad en la Verdad y en la disciplina, siguiendo en esto el ejemplo admirable de vuestro fundador. Jamás se permitió él apartarse de la enseñanza y de las orientaciones de aquellos a quienes reconocía como mensajeros de Dios en la Iglesia. También tuvo sufrimientos; no se le ahorró la amargura de los contrastes y de las incomprensiones; pero siempre supo mirar más allá de las limitaciones de las personas individuales y de las disposiciones contingentes; supo ver a la Persona del Divino Maestro y escuchar su voz: «Santificalos en la Verdad. Tu palabra es Verdad ... » (*Jn 17, 17*).

Seguir la doctrina auténticamente enseñada por la Iglesia significa también evitar confusiones y turbaciones, siempre dañosas para su unidad. Que san Francisco os ilumine y os dé la fuerza interior necesaria para ser siempre fieles a Cristo y a la Iglesia en las actuales vicisitudes de la sociedad, de tal modo que presentéis ante los ojos de los hombres la auténtica imagen de aquel que apareció ante sus contemporáneos como «*vir catholicus, totus apostolicus*», varón católico, totalmente apostólico (*Julián de Espira, Vita, n.º 28*).

5. Vuestra presencia de hijos de san Francisco debe manifestarse luego en *un serio compromiso de santificación personal*. Estáis plenamente convencidos de que es la gracia divina la que actúa en las almas; y sabéis también que sólo se puede dar lo que se tiene. El verdadero «fran-

ciscanismo» exige la completa humildad, un abandono total en la Providencia por medio de la obediencia a la Iglesia y a los propios superiores, un desprendimiento perfecto de los bienes terrenos mediante la pobreza y la castidad.

Se trata, sin duda, de una forma de vida que requiere heroísmo. Pero se funda en una especial vocación, puede contar con particulares dones del Espíritu y es fuente de consolaciones supremas, que alimentan esa suavísima alegría que brillaba en el rostro de Francisco y de sus primeros compañeros, según el testimonio del antiguo cronista: «Erat eis exultatio magna» (1C 35).

6. Finalmente, vuestra presencia de «Hermanos menores franciscanos» en la sociedad moderna debe realizarse *en el servicio y amor a los hombres*, a ejemplo del Pobrecillo. Insisto: a ejemplo del Pobrecillo. Su testimonio, en efecto, conserva una originalidad incomparable, que la distingue de otras propuestas en esta materia y explica, al mismo tiempo, su fascinación siempre actual. Es un hecho muy, significativo que, después de ocho siglos, san Francisco no haya perdido nada de su lozanía: se podría decir que forma parte de la «conciencia» universal. De Dante a Goethe, de Giotto a Murillo, de san Buenaventura a Alejandro Manzoni, ha sido y es fuente de inspiración y reflexión para toda la humanidad. ¿Por qué ha fascinado tanto al corazón humano? Por el sabor auténticamente evangélico que su mensaje, incluso social, conserva. Él, también al predicar la necesidad de la justicia social y la coparticipación, hacía comprender, al mismo tiempo, el valor irrevocable y perenne de las «Bienaventuranzas». Efectivamente, las «Bienaventuranzas» no pueden eliminarse ni de la estructura de la historia ni mucho menos del contexto del Evangelio. Amar y servir a los hombres de hoy significa ciertamente trabajar por el desarrollo y el progreso de la sociedad y por el logro de condiciones humanas más justas y dignas; pero significa también no engañar jamás a nadie acerca del auténtico sentido de la peregrinación terrena, cuya meta última trasciende el tiempo y no puede conseguirse sin el ejercicio de un iluminado desprendimiento de los bienes materiales y sin la práctica de la caridad que comprende y perdona: «Lado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor y soportan enfermedad y tribulación ... ».

7. Ante vosotros, hijos de san Francisco, me es grato repetir la oración que me brotó del corazón en Asís, al comienzo de mi pontificado,

cuando, al realizar mi primera peregrinación, quise ir a arrodillarme ante la tumba de vuestro fundador: «Tú, que acercaste tanto a Cristo a tu época, ayúdanos a acercar a Cristo a la nuestra, a nuestros tiempos difíciles y críticos. Tú, que has llevado en tu corazón las vicisitudes de tus contemporáneos, ayúdanos, con el corazón cercano al corazón del Redentor, a abrazar las vicisitudes de los hombres de nuestra época: los difíciles problemas sociales, económicos, políticos, los problemas de la cultura y de la civilización contemporánea, todos los sufrimientos del hombre de hoy, sus dudas, sus negaciones, sus desbandadas, sus tensiones, sus complejos, sus inquietudes [...] Ayúdanos a resolver todo esto en clave evangélica, para que Cristo mismo pueda ser "Camino-Verdad-Vida" para el hombre de nuestro tiempo» (*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. I, 1978, p 97 ss.).

Llevar a vuestros hermanos esparcidos por el mundo la certeza de que el trabajo apostólico que realizan, aun cuando humilde y oculto, es grande ante Dios, es precioso para la Iglesia y es beneficioso para la sociedad.

¡Llevar al mundo de hoy la paz y la alegría de san Francisco!

Y que os sea propicia también mi bendición, que ahora os imparto de todo corazón y hago extensiva con afecto a toda la Orden de Hermanos Menores.

Monte Nebo, Jordania, 20 de marzo 2000

Aquí, en las alturas del monte Nebo, comienzo esta etapa de mi peregrinación jubilar. Pienso en la gran figura de Moisés y en la Alianza que Dios estableció con él en el monte Sinaí. Doy gracias a Dios por el don inefable de Jesucristo, que selló la nueva Alianza con su sangre y llevó a su plenitud la Ley. A él, que es "el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin" (Ap 22, 13), le dedico todos los pasos de este viaje, que realizo a través de la Tierra que fue suya.

En este primer día, me complace de manera especial saludarlo a usted, padre Ministro general, y agradecerle el magnífico testimonio que han dado en esta tierra los hijos de san Francisco mediante el fiel servicio de la Custodia en los santos lugares en el decurso de los siglos.

Mensaje al Capítulo General de San Diego (USA)

(4 de mayo 1991)

LA RAZÓN DE SER DE LA ORDEN

Queridos hijos de san Francisco:

1. Conforme a la tradición de vuestra Orden y según vuestras constituciones, el P. Juan Vaughn, vuestro Ministro general, me ha pedido que designe a mi delegado, encargado de presidir, en nombre y representación de la Santa Sede, la próxima elección del Ministro general, que es una de las tareas principales de este Capítulo de los Hermanos Menores.

Lejos de ser algo puramente formal, esta petición constituye para vosotros un acto de fidelidad hacia el hermano Francisco, quien prometió «obediencia y reverencia al señor papa Honorio y a sus sucesores canónicamente elegidos y a la Iglesia romana» (2R 1, 2). Para la Orden toda, este trámite manifiesta, más que el respeto a una prescripción de las constituciones, vuestra voluntad actual de mantener vivos vuestros lazos de estrecha y filial comunión con el sucesor de Pedro, cuya misión es «procurar el bien común de la Iglesia universal y de cada Iglesia» (*Christus Dominus*, n.º 2).

2. Me ha parecido útil acompañar la designación de mi delegado con un mensaje para vosotros, queridos hijos de san Francisco. Es la tercera vez, desde el comienzo de mi pontificado, que tengo la ocasión de dirigirme a vosotros de este modo. Esto me da, al mismo tiempo, la alegría de estrechar mis vínculos personales con la familia franciscana, evocando mis peregrinaciones a los lugares santificados por la presencia del hermano Francisco, entre las que no quiero dejar de recordar, en acción de gracias, la que el 27 de octubre de 1986 reunió en Asís, en el ayuno y la oración por la paz, a los representantes de todas las religiones.

3. En mis anteriores mensajes, he tratado de poner de relieve alguno de los aspectos de la rica herencia espiritual que os dejó vuestro fundador. Me complace subrayar de nuevo algunos rasgos esenciales de vuestra tradición franciscana: el amor apasionado a Cristo pobre, que se expresa en una participación lo más perfecta posible en la condición de

los humildes; el desapego radical de los bienes de este mundo, que se une de maravilla con un amor familiar a la creación, en la que el hermano Francisco vivía como en su propia casa; el apego a la vida fraterna con la puesta en común de los dones de cada uno, en una obediencia total y gozosa; una acción perseverante, en la diversidad de los ministerios y de las funciones ejercidas por los hermanos, con vistas al crecimiento del Cuerpo de Cristo; el culto a la Eucaristía, inseparable del anuncio del Evangelio; en fin, la ternura hacia la santa humanidad de Cristo y la fe sin mella en su divinidad y en su eterno Señorío.

Desarrollando estos carismas de vuestra Orden, siempre actuales, ofrecéis a la generosidad de los mensajeros de la Buena Nueva, caminos seguros para servir a los hombres de hoy, gracias a vuestro equilibrio teológico, espiritual y pastoral.

4. Habéis elegido San Diego para celebrar vuestro Capítulo, y así participáis en la celebración del V Centenario de la Evangelización de América, en la que vuestros hermanos tomaron parte ampliamente. En esa ciudad, la más antigua de las fundadas por los europeos en California, el beato Junípero Serra (1713-1784) estableció la primera de las veintiuna misiones que iban a extenderse a lo largo de la costa oeste de los Estados Unidos (1769).

5. Vuestro Capítulo general se propone estudiar el tema: «La Orden de los Hermanos Menores y la evangelización hoy». No se trata de una re-evangelización, como si el primer anuncio del Evangelio hubiera fracasado, sino, como dije a la asamblea general del CELAM celebrada en Haití en 1983, de una «evangelización nueva en su ardor, en sus métodos, y en su expresión» (Puerto Príncipe, 9 de marzo de 1983, III).

El Papa Inocencio III envió a vuestros primeros hermanos a anunciar la alegre noticia de la salvación ofrecida a todos los hombres, y a lanzar una apremiante llamada a la conversión a Jesucristo: «*Ite cum Domino, fratres, et prout Dominus Vobis inspirare dignabitur, omnibus paenitentiam praedicate*» (1C 33). Yo hago mío hoy ese envío en misión y os lo repito de nuevo. Y así como la existencia de vuestra Orden se debió a aquel primer envío, así también hoy la misión que ella recibe de la Iglesia en la persona del sucesor de Pedro, le da su razón de ser. Ningún hermano, por tanto, es enviado a título individual. La misma Orden no tiene más misión que la recibida de la Iglesia, conforme a su carisma propio. La dependencia con respecto a Aquel que envía es esencial en la concep-

ción de la misión eclesial, porque ésta no sólo se despliega a imagen de la de Cristo, sino que se sitúa en el interior del la misión de Aquél cuya palabra es la del Padre que lo envió (cf. *Jn* 14, 24).

6. Permitidme hoy llamar vuestra atención, en fidelidad a la tradición de vuestra Orden, especialmente sobre la formación intelectual que hay que considerar como una exigencia fundamental de la evangelización. Ésta, lejos de hacerse a fuerza de eslóganes o por medio de ideologías efímeras o de opiniones discutibles que podrían desorientar a los pobres, requiere una inversión intelectual prolongada y animada por la fe, y que conduce a un progreso en la fe: «ex fide in fidem» (*Rm* 1, 17). Una fe auténtica, en efecto, busca la inteligencia de los misterios, y un ejercicio sano de la inteligencia saca provecho ampliamente de las luces de la fe.

7. El mandato «de paenitentia praedicanda», de predicar la penitencia, exige una preparación intelectual seria desde el punto de la ciencias humanas y sagradas. La nueva evangelización, también. ¿No es esto lo que enseñaron los santos y los doctores de vuestro Instituto, para quienes «el edificio de la Orden debe construirse sobre dos muros, el de la santidad de vida y el de la ciencia» (Tomás de Eccleston, *De adventu fratrum minorum in Angliam*, n.º 90)? ¡Ojalá que, siguiendo sus huellas y según la Regla, la predicación de los hermanos menores sea hoy «examinata et casta» (cf. *2R* 9, 3), es decir, afinada en el estudio, recta y sin confusión!

8. Queridos hermanos, os exhorto encarecidamente a entrar en la dinámica de una evangelización regenerada, gracias a la promoción del estudio de la teología, ciencia eclesial por excelencia «porque crece en la Iglesia y actúa sobre la Iglesia [...] Ella es un servicio de Iglesia y debe, por tanto, sentirse dinámicamente inserta en la misión de la Iglesia, especialmente en su misión profética» (*Discurso a la Pontificia Universidad Gregoriana*, 15 de diciembre de 1979, n.º 6). Para alcanzar este objetivo, hay que fomentar ciertas disposiciones concretas, que creo útil citaros.

Las normas de la Iglesia universal que valen para la formación de todos los religiosos, y especialmente para la formación de todos los futuros sacerdotes, deben observarse rigurosamente. Igual atención debe prestarse a las prescripciones de vuestra Orden (*Constituciones, Estatutos generales, Ratio institutionis et studiorum*), destinadas a garantizar una

fidelidad plena a vuestro carisma franciscano. Conviene que las provincias mejor provistas de jóvenes religiosos no teman enviarlos en gran número a realizar estudios superiores en ciencias humanas y en ciencias sagradas, a fin de que la Orden de los Hermanos Menores «pueda y sepa ampliar, en la sociedad de hoy, espacios más amplios a los valores contenidos en el Evangelio» (*Discurso al Pontificio Ateneo Antonianum*, 16 de enero de 1982, n.º 5). Conviene igualmente que cada provincia adopte sus propias medidas para tener un número suficiente de formadores cualificados. Además, es importante que las revistas y los periódicos que están bajo la responsabilidad de la Orden, favorezcan una reflexión seria sobre los problemas de nuestro tiempo, a la luz de la fe y en comunión con los Pastores de la Iglesia, porque «el oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendado únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejerce en nombre de Jesucristo» (*Dei Verbum* n.º 10). En fin, para ser capaces de «integrar la creatividad en la fidelidad» (*Potissimum Institutioni*, n.º 67c), los hermanos se empeñarán en mantener una formación permanente.

9. Al entregar este mensaje al señor cardenal Jean Jérôme Hamer, que presidirá la elección de vuestro Ministro general, le confío también el encargo de expresaros mi aliento afectuoso que resumiré con gusto usando las palabras de la séptima Admonición de san Francisco: «Son vivificados por el espíritu de la divina letra aquellos que no atribuyen al cuerpo toda la letra que saben y desean saber, sino que con la palabra y el ejemplo se la restituyen al altísimo Señor Dios, de quien es todo bien».

Queridos hijos de san Francisco, queridos hermanos en Jesucristo, encomiendo vuestros trabajos a María, a quien vosotros veneráis como Madre y Reina de la Orden, y de todo corazón os imparto a todos mi bendición apostólica.

**Discurso pronunciado en la audiencia
con el Nuevo Definitorio General OFM**
(23 Septiembre 1991)

LLEVEN A TODOS LA BUENA NOTICIA

Queridos hermanos:

1. Es para mí motivo de verdadera alegría acogeros en esta audiencia especial, después del Capítulo general que habéis celebrado en San Diego, con ocasión del V Centenario de la evangelización de América.

¡Sed bienvenidos! Dirijo un saludo cordial al nuevo Ministro general Fr. Hermann Schalück, a los miembros del nuevo Definitorio, a los participantes en el Capítulo, y a toda la querida familia de los Frailes Menores quienes, amando la vocación manifestada en la Regla de Francisco, se comprometen a profesarla con fidelidad generosa. Habéis venido para expresar al Sucesor de Pedro vuestro deseo de vivir el vínculo especial que Francisco quiso establecer con «el señor Papa» (2R 1, 2), a fin de defender y apoyar la vida de los Frailes Menores.

2. Al tiempo que le agradezco las palabras que me ha dirigido, manifiesto mis mejores deseos al Ministro general con motivo de la nueva tarea a la que ha sido llamado. Tiene la responsabilidad de proseguir la obra de Francisco entre sus hermanos. Confío en que en su tarea cuente con el apoyo valioso de todos los que comparten la misma misión. El Espíritu Santo, que como decía san Francisco es el verdadero Ministro general de la Orden (cf. 2C 193), os inspire y sostenga a todos, a fin de que la alegría de la salvación y la comunión de los corazones estén en cada uno de los hermanos que el Señor os da (cf. *Test* 14).

Os encomiendo también a vosotros, como lo encomendé antes al Capítulo general, el trabajo y el compromiso urgente de la «nueva evangelización», fundado en la conciencia cada vez más profunda de la palabra de Dios en la adhesión plena al Magisterio auténtico de la Iglesia. Esa nueva evangelización ha de encontrar a los frailes disponibles y preparados mediante un estudio atento y profundo de las disciplinas teológicas, adquirido a la luz de la verdad que es Cristo. Además, tiene que estar animada por una auténtica santidad de vida. Sólo así «se podrá anunciar la

Buena Nueva a los pobres» (cf. *Lc* 4, 18), y se alabará y glorificará al Altísimo, Omnipotente y Buen Señor (Cánt 1), puesto que se le ofrecerá el culto de vuestra vida (cf. *Rm* 12, 1). Ojalá que el ejemplo de los numerosos hermanos que también en estos últimos años han padecido la muerte por el Evangelio, os aliente en la común vocación de discípulos y testigos del divino Maestro.

3. En el documento final del Capítulo habéis querido confirmar la idea, típicamente franciscana, de que la evangelización no consiste en un conjunto de palabras, sino que se lleva a cabo expresando con la propia vida la vida de nuestro Señor Jesucristo, tal como nos la transmite el Evangelio. Esto lo afirman con claridad también vuestras Constituciones generales (CCGG 87).

Precisamente esta verdad evangélica, vivida en fraternidad, es signo y anticipación de la comunión de los santos. Esa vida, si está en conformidad con el modelo de Cristo, es anuncio y promesa del mundo nuevo, garantía de relaciones pacíficas entre las personas y entre los pueblos, y signo de un don que viene de arriba. No renunciéis jamás a vuestro estilo de vida: sois pobres y menores. Acoged a todos, estad cercanos a todos; interceded por todos, llevad a todos la buena nueva del amor del Señor; haced que el Amor sea amado. Tened siempre fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe (cf. *Hb* 12, 2), y en sus misterios, tan queridos por Francisco que, precisamente en virtud de la gracia de la contemplación, alcanzó el signo de los estigmas de la redención. Haced vuestra la oración atribuida a Francisco: «Señor mío Jesucristo, dos gracias te pido me concedas antes de mi muerte: la primera, que yo experimente en mi vida, en el alma y en el cuerpo, aquel dolor que tú, dulce Jesús, soportaste en la hora de tu acerbísima pasión; la segunda, que yo experimente en mi corazón, en la medida de lo posible, aquel amor sin medida en que tú, Hijo de Dios, ardías cuando te ofreciste a sufrir tantos padecimientos por nosotros pecadores» (*Ll* 3).

Ojalá que este fuego de amor sea la base de la formación y del estudio, de la preparación y del apostolado de toda la Orden, y que sostenga especialmente a los frailes en las nuevas tareas que les esperan en los países donde se han restaurado las Provincias después de muchos años de persecución. Podéis y debéis anunciar, y hacer revivir ese «gran amor», si queréis consideraros amigos de Jesús y servir a las almas según la medida de su amor. Que vuestra presencia no busque el éxito fácil, sino hacer crecer el amor a Dios y a la Iglesia.

4. La formación completa de los educadores, de los ministros y los guardianes es otro compromiso que en el transcurso del Capítulo habéis considerado prioritario para el camino de la Orden.

Una verdadera formación franciscana, cuando esté bien enraizada y fundada en el ánimo de los frailes, permitirá la difusión del Evangelio en su integridad y pureza, «con la santidad y la sinceridad que vienen de Dios» (2Co 1, 12).

Bien enraizados en esa santidad, encontraréis la fuerza para guiar a las comunidades hacia la perfecta comunión eclesial y para defender el gran bien de la unidad; por otra parte, guiados por la sinceridad propia de los discípulos de Jesús, podréis seguir, sin ningún tipo de engaño, la libertad legítima que el Espíritu os ha dado, ejerciendo con gran sentido de responsabilidad el discernimiento para elegir siempre sólo lo que edifica y guiar a los hermanos en la búsqueda del Único Sumo Bien.

Ministro general y hermanos definidores, tened la certeza de mi interés y de mi solicitud por el auténtico bien de la Orden franciscana, para la que formulo votos de fidelidad plena a las promesas hechas solemnemente al Señor, así como a la catolicidad.

Llevad a todos los hermanos la bendición del Señor y la mía; decidles que vivan el ardor evangélico de Francisco, su amor a la comunión eclesial y su empeño en la santidad de vida. Con vosotros bendigo a las religiosas de la Orden de santa Clara, confiadas a vuestro cuidado, y a todos los que en la vida consagrada o en el estado seglar viven el espíritu de san Francisco.

Nazaret, Basílica de la Anunciación, 25 de marzo

Estoy contento de tener la oportunidad de saludar al Ministro general Franciscano Padre Giacomo Bini, que me ha recibido a mi llegada, y de expresar al Custodio, Padre Giovanni Battistelli, como así también a los frailes de la Custodia, la admiración de toda la Iglesia, por la devoción con que viven vuestra vocación. Reconozco con gratitud la fidelidad a la tarea que les confió el mismo San Francisco, y que fue confirmada por los Pontífices a lo largo de los siglos.

Homilía de la celebración eucarística en el Santuario del Monte Alverna (17 septiembre 1993)

EL MENSAJE DE FRANCISCO: PERDURA MÁS ALLÁ DE LA PRUEBA DEL TIEMPO

1. Este es el hombre que «en su vida reparó la casa y en sus días fortificó el santuario» (*Si* 50, 1).

Se llama Francisco este hombre: «hombre nuevo, que el cielo dio al mundo» (*LM* 12, 8).

Nos encontramos aquí siguiendo sus huellas. Por aquí pasó el Poverello de Asís. Aquí reveló el gran amor que ardía en su corazón. Ese amor lo hizo semejante al Amado, al Crucificado: «Llevo sobre mí cuerpo las señales de Jesús» (*Ga* 6,17). Las palabras de Pablo se cumplieron en él admirablemente y Umbría fue testigo de ello. Este lugar montañoso, que hoy tengo la oportunidad de visitar, también fue testigo.

2. Queridos hermanos y hermanas, tuve la intención de visitaros el año pasado, pero, como sabéis, entonces no fue posible. Por tanto, con gran alegría me encuentro hoy entre vosotros. Os saludo a todos con afecto.

Ante todo, saludo al cardenal Silvano Piovaneli, arzobispo de Florencia, al obispo de esta diócesis, monseñor Giovanni D`Ascenzi, a los demás prelados presentes, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, y a los representantes de las diferentes asociaciones y movimientos apostólicos. Saludo al señor alcalde de Florencia, ciudad ligada al Santuario del Alverna desde hace siglos por muchos motivos, así como al representante de la administración pública del antiguo barrio montañés al que confiere singular prestigio el apellido Chiusi del Alverna.

Deseo manifestar mi complacencia a la orden de los Frailes Menores en las personas del ministro general y del ministro provincial de Toscana.

Saludo al padre Eugenio Barelli, custodio de este sagrado convento, y le agradezco su acogida, así como a los demás religiosos que «practican la hospitalidad» (*Rm* 12, 13). Queridos hermanos del Alverna, os corresponde a vosotros mantener viva la presencia de san Francisco en este lugar para que, quien suba hasta aquí, pueda hallar en su autenticidad el

misterio de la configuración con Cristo crucificado, que se manifestó precisamente aquí mediante el don de los estigmas en septiembre de 1224.

3. Los estigmas, las cicatrices de la pasión de Cristo en el cuerpo de Francisco, eran el signo extraordinario mediante el cual se revelaba la cruz que cada día cargaba sobre sí, en el sentido más literal del término. ¿No dijo Jesús: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame... Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ése la salvará»? (*Lc 9, 23-24*).

Francisco abrazó toda la verdad de esta paradoja. El evangelio fue para él su pan de cada día. No se limitaba a leer sus palabras, sino que a través de las expresiones del texto revelado trataba de descubrir a aquel que es el Evangelio mismo. En Cristo, en efecto, se revela hasta el fondo la economía divina: perder y ganar en sentido definitivo y absoluto. Con su existencia Francisco anunció y sigue anunciando también hoy la palabra salvadora del Evangelio. Es difícil encontrar un santo en el que el mensaje perdure tan profundamente más allá de la prueba del tiempo.

Francisco es un santo, en cierto sentido, universal; a través de él Cristo quiso proclamar el Evangelio no sólo en su época, sino también en las demás, en la nuestra, en culturas y civilizaciones muy diversas entre sí.

Así pues, quien pierde la vida por Cristo, la salva. La salva de una manera maravillosa.

4. Los estigmas que Francisco recibió en este lugar, constituyen un signo particular. Son el testimonio íntimo de la verdad del Poverello.

De manera auténtica y profunda «se gloriaba de la cruz de Cristo», y de nada más: solamente «de la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (cf. *Ga 6, 14*).

Se trata de un signo de semejanza en virtud del amor. Lo dice el apóstol Pablo y lo repite Francisco de Asís: por medio de la cruz de Cristo y gracias a la fuerza del amor, «el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo» (*Ga 6, 14*).

El mundo no quiere ser crucificado: escapa de la cruz. El hombre aborrece ser «crucificado para el mundo». Así era en tiempos de Francisco y así es también hoy. La lucha entre el «mundo» y la cruz existe desde siempre, ¡es lucha con la cruz de la salvación!

Podría parecer, por tanto, que Francisco se ha convertido prácticamente en un testigo poco actual o inútil. Quien dice a Cristo: «Tú eres mi bien. Los dioses y señores de la tierra no me satisfacen» (*Sal 15/16, 2*),

parece ir contra la mentalidad contemporánea. En efecto, el hombre con frecuencia no reconoce al Señor; quiere ser el señor de sí mismo y del mundo. Por esta razón, el mensaje de Francisco es signo de contradicción. Un mensaje de este tipo debería ser rechazado y, en cambio, cada vez se lo busca más.

5. Se trata de un mensaje que constituye un llamamiento apremiante a volver a Cristo, a redescubrir en su cruz «el camino y la antorcha de la verdad» (San Buenaventura, *De triplici via* III, 5): la verdad que nos hace libres, porque nos hace discípulos del Maestro divino.

El itinerario espiritual de san Francisco se distinguió por este seguimiento fiel del Hombre-Dios, cuya renuncia y despojo total (cf. *Flp* 2, 7) se esforzó por imitar sin reservas. Esto hizo de él, como dice san Buenaventura, «el cristianismo pobre» por excelencia (cf. *LM* 8, 5). Este itinerario-seguimiento alcanzó su culmen en el Alverna con la impresión de los estigmas. Aquel momento, a pesar del desgarramiento de la carne, fue su grito de victoria, análogo al de san Pablo, que refiere la segunda lectura, que acabamos de escuchar: «Llevo sobre mi cuerpo las señales de Jesús» (*Ga* 6,17).

La estigmatización del Alverna representa así, la conformación visible con la imagen de Cristo que hace de Francisco el ejemplo, en el que todo cristiano puede inspirarse en su camino de acercamiento progresivo a Dios creador y redentor. Al respecto, son significativas las palabras pronunciadas por el Poverello al concluir su vida: «He cumplido mi misión; que Cristo os enseñe la vuestra» (*LM* 14, 3).

6. Estas palabras no representan un complaciente repliegue sobre sí mismo, sino la humilde acción de gracias por cuanto el Señor había realizado en él. Su sentido es el siguiente: que Cristo os enseñe, como hizo conmigo, a ser sus discípulos.

En especial, son dos las enseñanzas del Maestro divino que Francisco siguió con total fidelidad: obedecer al Papa, Vicario de Cristo en la tierra, y venerar e imitar a su santísima Madre María.

La legitimación de su actuación en la Iglesia, también con la fundación de una nueva orden religiosa, depende completamente de las palabras del primer capítulo de la regla: «El hermano Francisco promete obediencia y reverencia al Señor Papa». En esta perspectiva, poco antes de morir recomendaba a sus discípulos «la fidelidad a la santa Iglesia romana» (*LM* 14, 5).

San Francisco, además, «mostraba un amor inefable a la Madre del Señor Jesús», por haber hecho «al Señor de la majestad hermano nuestro», y «en ella principalmente, después de Cristo, depositaba su confianza» (LM 9, 3).

Imitó a María en su silencio meditativo, sobre todo después de haber sido honrado por Cristo, en este monte, con los signos de su pasión, para mostrar que cuanto mayores son los privilegios concedidos por Dios, tanto más tiene que humillarse quien lo ha recibido. «El hombre evangélico Francisco», refiere san Buenaventura, «bajó del monte llevando consigo la efigie del Crucificado [...] dibujada en su carne por el dedo de Dios vivo»; y «consciente del secreto regio, ocultaba cuanto podía aquellos signos sagrados» (LM 13, 5).

7. «Él cuidó de su pueblo para evitar su ruina y fortificó la ciudad contra el asedio» (Si 50,4).

Queridos hermanos y hermanas, este pasaje del libro del Sirácida, que hemos escuchado al comienzo de la misa, se refiere a Cristo mismo: en toda circunstancia *cuida de su pueblo*. Ha arraigado la cruz en la historia del hombre; la arraigó en los corazones humanos.

El mundo crucificado en Cristo se muestra cada vez más como el mundo amado: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único» (Jn 3,16). Francisco testimonió este amor inconmensurable y sigue testimoniándolo también en nuestros días.

Sólo el amor puede salvar del fracaso a la humanidad y al mundo, a este mundo por el que el hombre se siente asediado y amenazado de diferentes maneras.

8. Venimos, oh Francisco, a encontrarte en este lugar que tanto amaste. Venimos a ti para confirmarnos, una vez más, en la convicción de que *el amor es más grande* que toda fuerza negativa.

¡Te saludamos al final del segundo milenio cristiano!

Te saluda la Iglesia y toda la familia humana.

¡Poverello de Asís, te pedimos que fortifiques el santuario también en nuestros días!

¡Fortifica a la Iglesia!

Amén.

Discurso a las comunidades franciscanas del Monte Alverna

(17 de septiembre 1993)

CENTROS QUE IRRADIEN LA ESPIRITUALIDAD FRANCISCANA

Queridos hermanos y hermanas:

1. Este encuentro con vosotros, hijos e hijas de san Francisco, en un lugar tan sugestivo y significativo para la historia y la espiritualidad franciscana, suscita en mi alma una alegría íntima y profunda. Agradezco al padre Hermann Schalück, Ministro general de los Frailes Menores las amables palabras que me acaba de dirigir, también en nombre de los superiores generales de las demás ordenes – a quienes saludo cordialmente – y de todos los presentes.

Numerosas fuentes históricas describen el deseo de contemplación que acompañó toda la existencia de Francisco. Se lee en la Leyenda mayor de san Buenaventura que él «dejaba a la gente con su alboroto y buscaba la soledad, con su secreto y su paz: allí, dedicándose más libremente a Dios, limpiaba su alma de la mas pequeña partícula de polvo» (*LM* 13, 1).

Las prolongadas estancias del Poverello en este monte son testimonios elocuentes de su necesidad de soledad. Al respecto, es significativo el hecho de que Francisco, siendo tan firme en su opción radical por la pobreza, no haya rechazado el don del Monte Alverna, ofrecido, como se sabe, por el conde Orlando di Chiusi, a fin de que pudiera pasar allí largas cuaresmas entregado totalmente a la oración y a la penitencia. Las características naturales del lugar y su gran aspereza hacían que, como afirman las Florecillas, fuera «sumamente adecuado para quien quisiera hacer penitencia, en un lugar alejado de la gente, o para quien deseara la vida solitaria» (*Ll* 1).

El eremitorio del Alverna se convirtió así en uno de los refugios preferidos por Francisco, y también por la tradición de los Frailes Menores. Aquí el Poverello de Asís recibió los estigmas casi como para sellar su constante y apasionada búsqueda de Dios.

2. El austero y magnífico santuario en que nos encontramos sigue siendo aún hoy uno de los signos casi tangibles del alma contemplativa

de Francisco y de la lección que ha dejado a todo el franciscanismo; y recuerda a los numerosos peregrinos y visitantes, también a los de nuestros tiempos, según la feliz expresión de la Leyenda menor, que «el verdadero amor de Cristo» transformó «al amante en la imagen perfecta del Amado» (*Lm* 6, 4).

La contemplación de Cristo crucificado fue para Francisco tan intensa e imbuida de amor, que lo condujo gradualmente a la identificación con Él. En la pobreza, en la humildad y en los sufrimientos del Crucificado descubrió la sabiduría divina, revelada a los hombres en el Evangelio, una sabiduría que sobrepasa y vence todo saber mundano.

De la fecundidad de esta intuición franciscana han brotado numerosos frutos de santidad en la Iglesia. San Francisco continúa ejerciendo a lo largo de los siglos una fascinación singular en innumerables personas que, en los diferentes estados de vida, se sienten atraídas a emprender el mismo itinerario espiritual y religioso.

3. En la sociedad actual, entre muchos fenómenos de signo opuesto, surge de manera cada vez más clara una necesidad real de la verdad, de lo esencial, y de una auténtica experiencia de Dios. Queridos hijos e hijas de Francisco, con motivo de vuestra vocación especial que sintetiza y armoniza el recogimiento en este eremitorio y el compromiso apostólico, tenéis la misión de señalar también a nuestros contemporáneos, con actitud de fraternidad universal, la respuesta que satisface esas expectativas. Esa respuesta consiste en abandonarnos con confianza al amor salvífico del Señor Jesús, aunque nos crucifique.

Queridos hermanos y hermanas, haced que vuestras comunidades, siguiendo la huella de una tradición ya secular, irradien cada vez más esta espiritualidad viva; inviten constantemente a vivir los valores cristianos; y propongan de forma valiente la elección total de Dios, de la que brotan el servicio sincero a cada hombre y el compromiso activo por la construcción de la paz.

4. Junto a Francisco, la divina Providencia puso a Clara, la joven de Asís que mejor que nadie supo comprender y asimilar su espíritu. Este año estamos celebrando el octavo centenario del nacimiento de esa virgen, afable y fuerte. Como recordé en la carta que dirigí a las monjas contemplativas con ocasión de la apertura de ese jubileo, «el itinerario contemplativo de Clara, que concluirá con la visión del Rey de la gloria (*Proc*

IV, 19), comienza precisamente con su entrega total al Espíritu del Señor, como lo hizo María en la Anunciación» (n.º 2).

La figura de Clara, primera plantita de Francisco (LM IV, 6) ha de ser para todos los Frailes Menores modelo de vida entregada completamente a «observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2R 1). Deseo de corazón que las celebraciones del centenario despierten en las clarisas la frescura del entusiasmo originario, y lleven a cuantos caminan siguiendo las huellas del Poverello a redescubrir el carácter esencial de la contemplación en su tradición más genuina.

Con estos sentimientos encomiendo al Señor a toda la familia franciscana. A cada uno y a cada una de vosotros os aliento nuevamente a proseguir en el seguimiento fiel de vuestro Padre seráfico. Que os acompañe el deseo de paz y bien, tan querido para él, y mi bendición, que de corazón imparto, y extendiendo con gusto a cada una de vuestras comunidades esparcidas por todo el mundo.

Discurso a las Clarisas, Asís, 10 de enero de 1993

Ambos expresaron el primitivo ideal franciscano en la complementariedad entre la predicación del Evangelio, llevada a cabo por Francisco y sus hermanos, y la vida contemplativa en la pobreza y la penitencia, abrazada por Clara y sus hermanas. Si es verdad que Clara era como un «reflejo» de Francisco, y en él «ella se veía toda como en un espejo», no hay duda de que, en la comunión del mismo Espíritu, la luz de la pobreza y la pureza de Clara iluminó el rostro del Poverello, así como su recuerdo y la certeza de su oración lo consolaron en los momentos de dificultad y prueba. Por esa razón Clara está unida indisolublemente a Francisco, y el mensaje evangélico de los dos resulta complementario.

Discurso a los participantes al Congreso sobre el diálogo con los Musulmanes (26 agosto 1995)

EL DIALOGO CON EL ISLAM ES PARTE DE VUESTRO CARISMA

Queridos Hermanos franciscanos, queridos amigos:

1. Con grande alegría os acojo, a vosotros que participáis en el congreso organizado por la Comisión internacional de la Orden de los Hermanos Menores para las relaciones con los Musulmanes. Vuestra Comisión se ha puesto como finalidad promover la presencia franciscana entre los musulmanes y de responder a las cuestiones de los cristianos que viven y trabajan entre ellos. Los organizadores franciscanos han invitado oportunamente a tomar parte en vuestros trabajos a miembros de otras comunidades religiosas, a fin de enriquecer vuestras reflexiones, gracias a la especialización en sus propios campos de trabajo. Venidos de veintiocho países de: África, Medio Oriente, Asia y Europa, vosotros tenéis una rica experiencia para poner en común con la ayuda de expertos eminentes en las cuestiones que estudiáis. Os agradezco de haber querido encontrar al Sucesor de Pedro para hacerlo partícipe.

2. El empeño franciscano en el diálogo con los musulmanes no es nuevo: se remonta, de hecho, a san Francisco, quien fue personalmente al encuentro del rey musulmán Al-Kamel en Egipto. San Francisco de Asís ha dejado a sus hijos directivas sobre la manera de llevar a cabo las relaciones con los musulmanes. También, continuando hoy el dialogo interreligioso, en particular con los seguidores del Islam, vosotros sois fieles a uno de los carismas de vuestra Orden. Me da gusto ver renovarse después de algunos años este compromiso de la familia franciscana en el diálogo interreligioso que entra en el cuadro de la misión evangelizadora de la Iglesia (cf. *Redemptoris missio* n.º 55-57).

3. En vuestros intercambios, habéis elegido un argumento delicado: los *Fundamentalismos en el Islam y el Cristianismo*. De hecho, se encuen-

tran tales actitudes en diferentes medios; constatar esto os permite hacer un análisis objetivo de este fenómeno en el Islam.

En las regiones donde vosotros ejercitáis vuestro ministerio, tenéis la experiencia directa de los efectos del fundamentalismo musulmán que se manifiesta particularmente desde hace algunos años. Tenéis necesidad de mirar hacia atrás y de manteneros lúcidos para vuestra misión en este contexto. El fenómeno del fundamentalismo debe ser estudiado en todas sus motivaciones y manifestaciones. El análisis de las situaciones políticas, sociales y económicas muestra que el fenómeno no es solamente religioso, sino que, en muchos casos, se explota la religión con fines políticos, o bien para compensar las dificultades de orden social y económico. No puede haber una respuesta duradera al fenómeno del fundamentalismo mientras los problemas que lo engendran o lo mantienen no se resuelven.

Si bien se deben condenar la intolerancia y la violencia suscitadas por el fundamentalismo, importa sobre todo poner una mirada de fe y de amor sobre las personas que toman tales actitudes y que por ello sufren frecuentemente.

4. Vuestra presencia y el testimonio que ofrecéis de Cristo en países musulmanes son preciosos para la Iglesia. Yo sé que no vivís todo esto sin dificultades; pero yo os animo a continuar a llevar la Buena Nueva del amor de Cristo Salvador de todos los hombres, Él que ha dicho a sus discípulos: “Yo estoy con vosotros siempre hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).

De corazón os doy la bendición apostólica y la extiendo a los fieles entre los cuales vosotros ejercéis vuestra misión.

Asís, Santa María de los Ángeles, 27 de octubre 1986

Elegí esta ciudad de Asís como lugar para nuestra jornada de oración, por el particular significado del hombre Santo aquí venerado - San Francisco - conocido y considerado por muchos en el mundo como símbolo de paz, de reconciliación y de fraternidad.

**Mensaje a la Orden de los Hermanos Menores
con motivo de su Capítulo General**
(5 de Mayo de 1997)

*LA VOCACIÓN DE LA FRATERNIDAD
EN EL TIEMPO PRESENTE*

Al reverendísimo padre
HERMANN SCHALÜCK
Ministro General de los Frailes Menores

1. Con ocasión del Capítulo General Ordinario que se celebra junto al Santuario de la Porciúncula, lugar amado del Pobrecillo de Asís, me es muy grato expresar mis cordiales sentimientos de felicitación a la Orden de los Frailes Menores. Precisamente en la Porciúncula es donde Francisco inició su vida evangélica (cf. *1C* 22), ahí es donde concluyó su vida terrena (cf. *1C* 110), “pues deseaba entregar su alma a Dios donde conoció claramente por primera vez el camino de la verdad” (*1C* 108). Al dirigirme a usted, reverendísimo Padre, deseo hacer llegar mi fervoroso saludo a los Capitulares y a todos los Hermanos que trabajan en las varias áreas del mundo, deseando a todos y cada uno, con las palabras de san Francisco, “paz verdadera del cielo y caridad sincera en el Señor” (*2CtaF* 1).

2. «El mandato de evangelizar a todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia, tarea y misión que los vastos y profundos cambios de la sociedad actual hacen no menos urgente» (*Evangelií Nuntiandi* 14). Esta urgencia ha sido bien comprendida por vuestra Orden, que la ha colocado entre los argumentos prioritarios de las sesiones capitulares. En ella quiere subrayarse con vigor el compromiso de los Frailes Menores por seguir a Cristo pobre, casto y obediente, a fin de poder anunciar mejor a todos los hombres las sublimes verdades de la Buena Noticia, permaneciendo «firmes en la fe católica» (*2R* 12, 4) y fervorosos en la comunión con la Santa Madre Iglesia (cf. *TestS* 5).

En efecto, la obra apostólica y misionera es fructífera cuando se desarrolla en sintonía con los legítimos Pastores, a quienes Cristo ha confiado la responsabilidad de su grey. La Orden deberá por ello orientar a sus

miembros a colaborar cada vez más eficazmente con las Iglesias locales en las que prestan su apreciado servicio (cf. *Flp* 1, 5).

3. En la estela de mis venerados Predecesores, en particular del Papa Pablo VI, que dirigió al Capítulo General de Madrid la Carta apostólica *Quoniam proxime* (AAS 65 [1973], 353-357), también yo quiero sentirme espiritualmente cercano a los trabajos capitulares, que reproponen el tema de la «Vocación de la Orden hoy», queriendo profundizarlo en la óptica de la memoria y de la profecía. Al considerar su glorioso pasado, rico en historia, santidad, cultura y empeño apostólico, los Franciscanos no pueden menos de sentir el compromiso de mantenerse a la altura del mismo, esforzándose por escribir nuevas y significativas páginas de su propia historia (cf. *Vita consecrata*, 110). Hallándonos ya en el alba del tercer milenio, ¿cómo no evidenciar la vocación y la misión evangelizadora de la Orden, que radican, por así decir, en el corazón de su misma identidad? La referencia a los orígenes y a las fases sobresalientes de la historia de la Orden, es como un paradigma del actual empeño de la Fraternidad, llamada a vivir hoy en día la misión que Dios le ha confiado, a través de la Iglesia, mediante la profesión de la Regla de san Francisco. La “memoria” del don concedido por Dios a la Iglesia y al mundo en la persona del Pobrecillo os lleva a comprender de manera renovada las situaciones contemporáneas y a abriros, en continuidad dinámica, a las expectativas y a los retos del presente, para preparar con constructivo empeño el porvenir.

4. La unidad vital entre el ayer, el hoy y el mañana es necesaria para que la “memoria” se convierta en “profecía”. De hecho, «la verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con El, de la escucha atenta de su palabra en las diversas circunstancias de la historia» (*Vita consecrata* 84). La auténtica “profecía” exige, además, que la *Christi vivendi forma*, compartida por los Apóstoles (cf. *ob.cit.*, 14.16) y asumida como propia por Francisco de Asís y por sus primeros compañeros (cf. *1C* 22-24), sea la norma de los Hermanos Menores en este último tramo de siglo, a fin de entregar intacta a las generaciones futuras del tercer milenio la herencia espiritual que han recibido, a través de la mediación de tantos hermanos conocidos y desconocidos, y de las manos del mismo Seráfico Padre. La referencia a la experiencia original, suscitada por el Espíritu de Cristo Resucitado, abrirá ciertamente vuestra Familia a un futuro rico de esperanza y os ayudará a descubrir en los acontecimientos cotidianos la pre-

sencia de Dios, que actúa en el mundo, y a promover ese sabio diálogo entre fe y cultura que es tan necesario, particularmente hoy en día. No ha de olvidarse nunca, en efecto, que la vida consagrada, puesta al servicio de Dios y del hombre, «tiene la misión profética de recordar y servir al designio de Dios sobre los hombres, tal como ha sido anunciado por las Escrituras, y como se desprende de una atenta lectura de los signos de la acción providencial de Dios en la historia» (*Vita consecrata* 73).

En esta perspectiva se hace indispensable, también para vuestra Orden, un atento discernimiento que os lleve a interrogaros sobre el significado de vuestro *munus* en la Iglesia y sobre la vocación de la Fraternidad franciscana en el tiempo presente.

5. El *munus* específico de los Hermanos Menores lo indicó el mismo san Francisco cuando escribió en su carta a toda la Orden: Alabad a Dios “porque es bueno, y enaltecédlo en vuestras obras; pues para esto os ha enviado al mundo entero, para que de palabra y de obra deis testimonio de su voz y hagáis saber a todos que no hay otro omnipotente sino Él” (*CtaO* 8-9). Este *munus* ha sido explicado luego por los numerosos documentos de la Iglesia relativos al mandato de predicar la penitencia que el Papa Inocencio III confirió a la Orden (*1C* 33) y que mis venerados predecesores confirmaron en el curso de los siglos.

Toda la historia de los Menores confirma que el anuncio del Evangelio es la vocación, la misión y la razón de ser de esa Fraternidad. La misma Regla, ilustrando la vocación de la Orden en la Iglesia, recuerda que los Hermanos están llamados a estar con Cristo y son enviados a predicar, curando los enfermos (cf. *Mc* 3, 13-15; *1C* 24; *Vita consecrata* 41). Estas claras orientaciones del Fundador exigen unidad y complementariedad entre el anuncio del Evangelio y el testimonio de la caridad. Se trata de una tarea apostólica y misionera que incumbe a todos: hermanos, clérigos y laicos. La Leyenda de los tres Compañeros recuerda que «acabado el capítulo, a los que tenían Espíritu de Dios y la conveniente elocuencia, fueran clérigos o laicos [Francisco], les daba licencia para predicar» (*TC* 59), y los demás hermanos colaboraban con ellos mediante la oración y la caridad.

6. Esta indispensable unidad a la *apostolica vivendi forma* requiere, por tanto, que todos los hermanos, cada uno según su propia condición y sus dotes específicas, se inserten plenamente en la única vocación evangelizadora de la Orden. Y esto exige un constante esfuerzo en el

ámbito de la formación, que preceda y acompañe el empeño de los obreros en la viña del Señor (cf. *Evangelii Nuntiandi* 15). Procurad, por tanto, garantizar a todos, clérigos y laicos, una formación adecuada, a fin de que cada hermano esté en condiciones de insertarse con espíritu apostólico y con la debida profesionalidad en el amplio campo de la evangelización y de las obras de caridad (cf. *Mt* 10, 7-8).

Es necesario, además, que la acción apostólica y la obra de promoción humana estén animadas por un constante espíritu de oración, pues de la experiencia de Dios brota el compromiso de «llenar el mundo con el Evangelio». Este es el significado profundo del conocimiento personal e interior de Cristo, que la Orden, en comunión con toda la Iglesia, está llamada a promover en el Pueblo de Dios. Como es conocido, la unidad entre la evangelización y la contemplación está hondamente inserta en la Regla de los Hermanos Menores, invitándolos a «no apagar el espíritu de la santa oración y devoción» (2R 5, 2). San Francisco recuerda que «el predicador debe primero sacar de la oración hecha en secreto lo que vaya a difundir después por los discursos sagrados; debe antes enardecerse interiormente, no sea que transmita palabras que no llevan vida» (2C 163).

De la comunión con Cristo, es de donde la vida apostólica y caritativa sacará contenidos, coherencia y dinamismo. De la experiencia de su presencia vivificante brotarán también para los Frailes Menores la fuerza y la convicción del anuncio que crea comunión con Dios y con la Iglesia, como recuerda el apóstol Juan: «Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo» (1 Jn 1, 3).

7. Reverendísimo Padre, al alentar a esa Fraternidad a afrontar los trabajos del Capítulo con el estilo evangélico que animó a san Francisco, ruego al Señor que derrame abundantemente su Espíritu Santo sobre cada uno de los Capitulares. Confío a María Inmaculada la reflexión de estos días, pidiéndole a ella, Madre y Reina de los Menores, que ayude a cada uno de los hermanos a proclamar las maravillas que hace el Señor en el mundo, y estimule a toda vuestra Orden a responder con renovada entrega a la llamada de Cristo. Acompaño estos sentimientos con una especial Bendición Apostólica, que imparto de corazón a Usted, a los Padres Capitulares, y a todos los Frailes Menores esparcidos por el mundo.

**Discurso en la Audiencia
con el Definitorio General**
(16 de diciembre de 1997)

*SIGAN FIELMENTE LOS PASOS
DE VUESTRO PADRE*

Amadísimos Hermanos Menores:

1. Me alegra acogeros hoy y os saludo cordialmente a cada uno con las palabras que solía decir san Francisco: “El Señor os conceda su paz”. Os agradezco vuestra visita: habéis venido para renovar los vínculos de íntima comunión con el Sucesor de Pedro, que el Seráfico Padre, en su Regla, quiso que fueran el carácter distintivo de vuestra orden.

Saludo de modo particular al padre Giacomo Bini, recientemente elegido Ministro general, y le expreso mis mejores deseos para la ardua tarea que se le ha confiado. Saludo también al padre Hermann Schalück, que ha desempeñado con espíritu de servicio su mandato al frente de la Orden.

Vuestra presencia me ofrece, esta mañana, la grata ocasión de hacer llegar a vuestros hermanos esparcidos por el mundo mis sentimientos de agradecimiento por su generoso y provechoso compromiso de fidelidad a Cristo y de activa evangelización. Vuestro trabajo apostólico, muy apreciado, se orienta de varias maneras especialmente a la atención de los pobres y de los más necesitados, siguiendo las huellas de vuestro santo Fundador.

2. El pasado mes de mayo celebrasteis vuestro capítulo general en el santuario de la Porciúncula, lugar tan querido para san Francisco, donde recibió la iluminación sobre su vocación y desde donde comenzó su fecunda obra espiritual y misionera, que generó una gran renovación en la Iglesia y en la sociedad de ese tiempo. El gesto de reuniros allí para un acto de fundamental importancia en la vida de un instituto religioso cobra especial significado, pues expresa el deseo de volver a las raíces de vuestro carisma específico. La Porciúncula, lugar sagrado conocido en todo el mundo, ha vuelto a ser noticia a causa de las trágicas consecuencias del reciente terremoto, que afectó a las regiones de Umbría y las Marcas, dejando en la gente y en los edificios, heridas profundas que aún deben sanar.

Hablando de la Porciúncula, ¿cómo no recordar la famosa invitación que allí recibió Francisco: “¡Ve, y repara mi Iglesia!” Vosotros, atentos a los signos de los tiempos, queréis captar toda llamada para intensificar el entusiasmo y la generosidad de vuestro servicio a la Iglesia con fidelidad inmutable al espíritu de los orígenes. Acogiendo las inspiraciones del Espíritu del Señor, queréis abriros, en una línea de continuidad dinámica con vuestra auténtica tradición, a las expectativas y a los desafíos del presente, para contribuir a guiar a los hombres al encuentro del Señor que viene.

Ciertamente, son graves los terremotos que afectan a las estructuras materiales; pero no conviene olvidar otros fenómenos, quizá más preocupantes aún, que turban la existencia de las personas, y muestran la ausencia y el vacío de humanidad y de sentido de Dios. Me refiero aquí a la pérdida del respeto a la dignidad del hombre y a la intangibilidad de su vida, a la indiferencia religiosa y al ateísmo práctico, que llevan a que el pensamiento de Dios se aleje del horizonte de la vida, abriendo el camino a un peligroso vacío de valores e ideales.

Si los desafíos de nuestro tiempo inducen, por una parte, a mirar con preocupación al futuro, por otra interpelan con vigor a la comunidad de los creyentes para que los acepte y los afronte con urgencia. El tiempo es breve, nos advierte la liturgia del Adviento, y es preciso preparar el camino para el Señor que viene. Este espíritu, típico del tiempo litúrgico que estamos viviendo, debe animar todas las actividades de los institutos religiosos.

Deseo ardientemente que ese espíritu penetre cada vez más intensamente también en vuestra familia religiosa, llamada a llevar el evangelio de la alegría y del amor a los hombres de nuestro tiempo. Por eso, la misión que os espera, con vistas al tercer milenio, consiste en partir nuevamente de vuestros orígenes para intensificar la atención a los hermanos, promoviendo una acción pastoral actualizada según vuestro carisma. En el centro de esta ardua renovación apostólica está la escucha de Dios en el estilo de vida contemplativo típico de san Francisco. El solía repetir que “el predicador debe recibir primero en la oración lo que después comunicará en sus predicaciones”. Deseándoos que sigáis fielmente los pasos de vuestro Seráfico Padre, invoco sobre vosotros y sobre toda la Orden la renovada efusión de los dones del Espíritu Santo, para que os sostengan y guíen en vuestro servicio a Cristo y a la Iglesia.

Os deseo a todos una santa Navidad y un año nuevo lleno de paz y alegría. Con estos sentimientos, os bendigo a todos.

**Mensaje con ocasión
de la reapertura de la Porciúncula**
(1 de agosto del año 1999)

TIENDA DEL ENCUENTRO
DE DIOS CON LOS HOMBRES

Al reverendísimo padre GIACOMO BINI
Ministro general de la orden franciscana de los Frailes Menores

1. La reapertura de la basílica y de la capilla de la Porciúncula, tras la restauración por las heridas del terremoto de 1997, me brinda la grata oportunidad de dirigirle un saludo afectuoso a usted, amado hermano, y a la comunidad franciscana que en Asís presta un valioso servicio eclesial y cuida el decoro de esos lugares vinculados a la memoria del Poverello de Asís, tan queridos para los fieles y los peregrinos que llegan a la tierra de Francisco y Clara para realizar una intensa experiencia espiritual. Los pasos de los fieles se detienen a las puertas de Asís, que, por los numerosos prodigios de misericordia realizados allí, se suele llamar, con razón, «la ciudad particular del Señor» (*Fuentes franciscanas*, 3201).

Hoy la capilla de la Porciúncula, y la basílica patriarcal donde se conserva, vuelven a abrir sus puertas para acoger a multitudes de personas atraídas por la nostalgia y la fascinación de la santidad de Dios, que se manifestó abundantemente en su siervo Francisco.

El Poverello sabía que «la gracia divina podía ser concedida a los elegidos de Dios en cualquier parte; de igual modo, había experimentado que el lugar de Santa María de la Porciúncula rebosaba de una gracia copiosa [...], y solía decir a los frailes [...]: "Este lugar es santo, es la morada de Cristo y de la Virgen, su Madre"» (*EP* 83). La humilde y pobre iglesia se había convertido para Francisco en el icono de María santísima, la «Virgen hecha Iglesia» (*SalVM* 1), humilde y «pequeña porción del mundo», pero indispensable al Hijo de Dios para hacerse hombre. Por eso el santo invocaba a María como tabernáculo, casa, vestidura, esclava y Madre de Dios.

Precisamente en la capilla de la Porciúncula, que había restaurado con sus propias manos, Francisco, iluminado por las palabras del capítulo décimo del evangelio según san Mateo, decidió abandonar su precedente y breve experiencia de eremita para dedicarse a la predicación en

medio de la gente, «con la sencillez de su palabra y la magnificencia de su corazón», como testimonia su primer biógrafo, Tomás de Celano (1C, 23). Así inició su singular ministerio itinerante. Y en la Porciúncula tuvo lugar después la toma de hábito de santa Clara, y en ella se fundó la orden de las «Damas pobres de San Damián». Allí también Francisco pidió a Cristo, mediante la intercesión de la Reina de los Ángeles, el gran perdón o «indulgencia de la Porciúncula», confirmada por mi venerado predecesor el Papa Honorio III a partir del 2 de agosto de 1216. Desde entonces empezó la actividad misionera, que llevó a Francisco y a sus frailes a algunos países musulmanes y a varias naciones de Europa. Allí, por último, el Santo acogió cantando a «nuestra hermana muerte corporal» (Cánt 12).

2. De la experiencia del Poverello de Asís, la iglesita de la Porciúncula conserva y difunde un mensaje y una gracia peculiares, que perduran todavía hoy y constituyen un fuerte llamamiento espiritual para cuantos se sienten atraídos por su ejemplo. A este propósito, es significativo el testimonio de Simone Weil, hija de Israel fascinada por Cristo: «Mientras estaba sola en la capillita románica de Santa María de los Ángeles, incomparable milagro de pureza, donde san Francisco rezó tan a menudo, algo más fuerte que yo me obligó, por primera vez en mi vida, a arrodillarme» (*Autobiografía espiritual*).

La Porciúncula es uno de los lugares más venerados del franciscanismo, no sólo muy entrañable para la Orden de los Frailes Menores, sino también para todos los cristianos que allí, cautivados por la intensidad de las memorias históricas, reciben luz y estímulo para una renovación de vida, con vistas a una fe más enraizada y a un amor más auténtico. Por tanto, me complace subrayar el mensaje específico que proviene de la Porciúncula y de la indulgencia vinculada a ella. Es un mensaje de perdón y reconciliación, es decir, de gracia, que la bondad divina derrama sobre nosotros, si estamos bien dispuestos, porque Dios es verdaderamente «rico en misericordia» (Ef 2, 4).

¡Cómo no reavivar diariamente en nosotros la invocación, humilde y confiada, de la gracia redentora de Dios! ¡Cómo no reconocer la grandeza de este don que nos ha ofrecido en Cristo, «una vez para siempre» (Hb 9, 12), y que continuamente nos vuelve a proponer con su inmutable bondad! Se trata del don del perdón gratuito, que nos dispone a la paz con él y con nosotros mismos, infundiéndonos renovada esperanza y alegría de vivir. La consideración de todo esto nos ayuda a comprender la

austera vida de penitencia de Francisco, a la vez que nos invita a aceptar la llamada a una constante conversión, que nos aleje de una conducta egoísta y oriente decisivamente nuestro espíritu hacia Dios, punto focal de nuestra existencia.

3. El santuario de la Porciúncula, tienda del encuentro de Dios con los hombres, es casa de oración. «Aquí, el que ore con corazón devoto obtendrá lo que pida», solía repetir Francisco (1C, 106), después de haberlo experimentado personalmente. Entre las antiguas paredes de la iglesita, cada uno puede gustar la dulzura de la oración en compañía de María, la Madre de Jesús (cf. *Hch* 1, 14), y experimentar su poderosa intercesión.

El hombre nuevo Francisco, en ese edificio sagrado restaurado con sus manos, escuchó la invitación de Jesús a modelar su vida «según la forma del santo Evangelio» (*Test* 14), y a recorrer los caminos de los hombres, anunciando el reino de Dios y la conversión, con pobreza y alegría. De este modo, ese lugar santo se había convertido para san Francisco en «tienda del encuentro» con Cristo mismo, Palabra viva de salvación.

La Porciúncula es, en particular, «tierra del encuentro» con la gracia del perdón, madurada en una íntima experiencia de Francisco, que, como escribe san Buenaventura, «un día, mientras (...) lloraba reflexionando con amargura en su pasado, se sintió embargado por la alegría del Espíritu Santo, quien le aseguró que le habían sido plenamente perdonados todos sus pecados» (*LM* III, 6). Él quiso que todos participaran de su experiencia personal de la misericordia de Dios, y pidió y obtuvo la indulgencia plenaria para quienes, arrepentidos y confesados, llegaron como peregrinos a la iglesita, a fin de recibir el perdón de los pecados y la sobreabundancia de la gracia divina (cf. *Rm* 5, 20).

4. A cuantos, con auténtica actitud de penitencia y reconciliación, siguen las huellas del Poverello de Asís y acogen la indulgencia de la Porciúncula con las disposiciones interiores requeridas, les deseo que experimenten la alegría del encuentro con Dios y la ternura de su amor misericordioso. Éste es el «espíritu de Asís», espíritu de reconciliación, oración y respeto recíproco, que deseo de corazón constituya para cada uno estímulo a la comunión con Dios y con los hermanos. Es el mismo espíritu que caracterizó el encuentro de oración por la paz con los representantes de las religiones del mundo, a quienes acogí en la basílica de Santa María de los Ángeles el 27 de octubre de 1986, acontecimiento del

que conservo un vivo y grato recuerdo.

Con estos sentimientos, también yo me dirijo en peregrinación espiritual a esa celebración de la indulgencia de la Porciúncula, que se desarrolla en la basílica restaurada de la Bienaventurada Virgen María, Reina celestial, ya en el umbral del gran jubileo de la encarnación de Cristo. A la Virgen, hija elegida del Padre, encomiendo a cuantos, en Asís y en cualquier otra parte del mundo, quieren recibir hoy el «perdón de Asís», para hacer de su corazón una morada y una tienda para el Señor que viene.

A todos imparto mi bendición.

Mensaje por la inauguración del Eremitorio franciscano en la «Colina de las Cruces» en Lituania, el 29 de junio 2000

La construcción de ese eremitorio en un lugar tan denso de recuerdos me trae a la memoria el momento de oración que viví el 7 de septiembre de 1993, en la Colina de las Cruces, durante mi viaje apostólico a Lituania. También me trae a la memoria la peregrinación a La Verna, que tuve la oportunidad de realizar pocos días después, el 17 de septiembre del mismo año. En esas singulares ocasiones comprendí más profundamente las grandes ventajas que tiene para la humanidad y para Europa, en el alba de un nuevo milenio, peregrinar espiritualmente a Siauliai y al Alverna, localidades marcadas por el misterio de la cruz, a fin de meditar con mayor intensidad en la pasión, muerte y resurrección del Señor y abrirse a la gracia de la conversión.

**Mensaje al Congreso Internacional
de Rectores de Universidades OFM y Directores
de los Centros de Investigación OFM**
(19 de septiembre de 2001)

*PONER EL EVANGELIO
EN EL CORAZÓN DE LA CULTURA Y DE LA HISTORIA*

Queridos hermanos:

1. Con gran gozo os dirijo mi saludo con ocasión del primer Congreso Internacional de Rectores de Universidades y Directores de Centros de Investigación franciscanos, organizado por la Secretaría General para la Formación y los Estudios de vuestra familia religiosa. Mi pensamiento se dirige, en primer lugar, a Fr. Giacomo Bini, Ministro general de la Orden, y a los responsables de las diversas entidades académicas presentes. Y extendiendo también mi afectuoso pensamiento a la entera Orden de los Frailes Menores.

Al encontraros, me viene a la mente la fe sencilla e iluminada de Francisco, que lo empujó a prometer «obediencia y reverencia al Señor Papa Honorio ya sus sucesores canónicamente elegidos y a la Iglesia Romana» (*1R* 1, 2), así como «a los pobrecillos sacerdotes de este mundo, en las iglesias donde moran» (*Test* 7).

Después que el mismo Altísimo le reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio (*Test* 14), sintió necesidad de visitar al Sucesor de Pedro, para que lo confirmase en su decisión. También vosotros, que intentáis profundizar y actualizar vuestro patrimonio cultural, filosófico, teológico deseáis hoy recibir una palabra de aliento de parte de aquel que la Providencia divina ha puesto como guía de la Iglesia de Cristo.

Quiero confirmar muy gustoso cuanto dije con ocasión del Capítulo General de vuestra Orden en 1991, llamando vuestra atención de manera especial sobre la formación intelectual, en la cual es preciso ver una exigencia fundamental de la evangelización. El antiguo apotegma *fides quaerens intelletum, intellectus quaerens fidem* es siempre actual. Una fe auténtica busca la inteligencia de los misterios, como también un sano ejercicio de la inteligencia aprovecha ampliamente las luces de la fe. En

efecto, sólo una fe inteligente, consciente de sí misma y de sus razones, puede fundamentar adecuadamente la elección de vivir según el Evangelio. Solamente un estudio iluminado por la fe, deseoso de conocer siempre más a fondo a Dios, puede llevarnos al encuentro con Cristo, dar solidez a la vocación y preparar a la misión. El estudio, tal como se dice en la *Ratio studiorum*, es «fundamental en la vida y en la formación permanente e inicial de todo hermano menor» (n.º 3).

2. Ya desde los primeros tiempos de vuestra historia, la fe, que busca amorosamente la inteligencia de los misterios divinos, ha ocupado la mente y la vida de eminentes teólogos, como san Buenaventura y el beato Juan Duns Escoto, mientras grandes predicadores populares, como san Antonio de Padua y san Bernardino de Siena, se han alimentado constantemente de la fuente de la teología, que es la ciencia eclesial por excelencia.

Por lo demás, el mismo san Francisco, aunque por humildad aceptase que se le calificara como «simple e idiota» (cf. *De la verdadera y perfecta alegría*), en el Saludo a las virtudes se expresa así: «¡Salve, reina sabiduría, el Señor te salve con tu hermana la santa pura sencillez» (n.º 1). A petición de Fr. Antonio de Padua no duda en responder: «Me agrada que enseñes la sagrada teología a los hermanos, a condición de que, por razón de este estudio, no apagues el espíritu de la oración y devoción, como se contiene en la Regla» (*CtaAnt*, 2).

La «pura y santa simplicidad», amada y saludada por Francisco, pertenece no a quien rechaza o se desinteresa de la «verdadera Sabiduría del Padre» que es el Verbo encarnado (cf. *2CtaF* 48-62), sino a quien indaga con corazón orante los caminos de la sabiduría revelada y se empeña en traducirla en vida, rechazando la sabiduría del mundo, que «quiere y se esfuerza mucho por tener palabras, pero poco por tener obras» (*1R* 17,11-12).

3. El estudio de la teología y de las otras disciplinas, como dice vuestra reciente *Ratio studiorum*, constituye «itinerario y camino para ser iluminados por Dios en la mente y el corazón y así poder ser testigos, anunciantes y servidores de la Verdad y del Bien» (n.º 13).

La reciente erección en Facultad de Ciencias bíblicas y de Arqueología de vuestro Estudio Bíblico de Jerusalén, ¿no representa quizá una significativa invitación a renovar con Francisco el empeño en observar para después administrar a todos «las odoríferas palabras del señor Jesucristo», que son «espíritu y vida?» (cf. *2CtaF* 62-71).

Como lema epigráfico de vuestro Congreso habéis escogido: «Vete, Francisco, y repara mi casa». Sólo de la escucha de la Palabra hecha vida vivida brotan la alabanza, que reconoce a Dios, y el testimonio evangélico concreto, a los que deben tender cotidianamente todos los creyentes. Del grande depósito de la teología y de la sabiduría franciscana se pueden sacar respuestas adecuadas incluso para los interrogantes dramáticos de la humanidad, en este inicio del tercer milenio cristiano.

Francisco alaba una creación divina y fraterna, donde todas las criaturas hermanas «cantan la gloria de Dios» y están al servicio el uno del otro, siguiendo un designio, al que el hombre es llamado a descubrir, respetar y promover, venciendo la antigua tentación de «ser como Dios». Francisco proclama el valor de la pobreza, en un mundo donde el pecado de la voracidad humana continúa a excluir a los pobres de la mesa preparada por «nuestra hermana la madre Tierra» para todos los hijos de Dios. Él recuerda que el Verbo del Padre «quiso escoger, junto con la Madre beatísima, la pobreza» (cf. *2CtaF* 4-15), y viviendo pobremente de la ayuda de otros nos ha enseñado que «la limosna es la herencia y justicia que se debe a los pobres, adquirida para nosotros por nuestro Señor Jesucristo» (*1R* 9, 8). Los pobres tiene derecho a participar de la mesa que "el gran Limosnero" quiere que esté abierta «a todos, dignos e indignos» (cf. *2C* 77).

4. Queridos Hermanos Menores: Este importante Congreso sea para vosotros ocasión propicia para hacer memoria del pasado y contemplar con larga mirada el porvenir. Del gran patrimonio espiritual de la «Escuela franciscana» sacad líneas operativas concretas sobre la formación intelectual y la promoción de los estudios en la Orden, de tal forma que respondan a las exigencias de nuestra vocación en estos tiempos. Es incumbencia de vuestras Universidades y Centros de Investigación el que se realice un encuentro fecundo entre el Evangelio y las diversas expresiones culturales de nuestro tiempo, para caminar hacia el hombre de hoy, sediento de respuestas arraigadas en los valores evangélicos. Siguiendo el ejemplo de san Francisco y la grande tradición cultural de la Orden Franciscana, sea vuestro empeño el poner el Evangelio en el corazón de la cultura y de la historia contemporánea.

En este itinerario, que es a un tiempo cultural y espiritual, os sostenga la «Señora, santa Reina, santa madre de Dios, María» (*SalVM* 1), y os asistan los santos y las santas de la Familia franciscana. Os acompaño con la oración, mientras imparto a vosotros y a todos los que son objeto de vuestros cuidados pastorales una especial Bendición Apostólica.

Discurso a la Comisión Escotista Franciscana

(16 de febrero de 2002)

DUNS ESCOTO PILAR DE LA TEOLOGÍA CATÓLICA

Al Reverendísimo Padre
Fr. GIACOMO BINI
Ministro General de la Orden de Hermanos Menores

1. Con viva alegría y cordialidad le saludo, en primer lugar, a usted, fray Giacomo Bini, a los miembros de la Comisión escotista y a cuantos trabajan en la secretaría general para la formación y los estudios de vuestra Orden. Extiendo, además, mi afectuoso saludo a toda la Orden de los Frailes Menores.

Agradezco mucho el regalo del volumen VIII de la *Opera Omnia* del beato Juan Duns Escoto, que recoge la última parte del libro II de la *Ordinatio*, el último y más importante trabajo del *Doctor subtilis*.

Es muy conocida, en la filosofía y en la teología católica, la figura del beato Juan Duns Escoto, que mi predecesor, el Papa Pablo VI, en la carta apostólica *Alma Parens* del 14 de julio de 1966, definió como "el perfeccionador" de san Buenaventura, "el representante más cualificado" de la escuela franciscana. En aquella circunstancia, Pablo VI afirmó que en los escritos de Duns Escoto *latent certe ferventque sancti Francisci Asisinatis perfectionis pulcherrima forma et seraphici spiritus ardores*, y añadió que el tesoro teológico de sus obras puede brindar reflexiones valiosas para "serenos coloquios" entre la Iglesia católica y las demás confesiones cristianas (cf. AAS 58 [1966] 609-614).

2. Las obras de Duns Escoto, reeditadas muchas veces a lo largo de los siglos precedentes, necesitaban una profunda revisión para eliminar los numerosos errores de los amanuenses y las interpolaciones hechas por sus discípulos. Ya no era posible estudiar a Escoto en aquellas ediciones. Hacía falta una edición crítica seria, basada en los manuscritos. Era la misma exigencia que se había advertido con respecto a las obras de san Buenaventura y de santo Tomás.

El ministro general de la Orden de los Frailes Menores y su Definitorio encomendaron esta labor a un equipo especial de estudiosos, que tomó el nombre de Comisión escotista y se instaló en el Ateneo pontificio Antonianum de Roma. Los volúmenes publicados hasta hoy son doce. Con gran esmero se han identificado e indicado en ellos las fuentes directas e indirectas de las que se sirvió Escoto en su redacción. En las notas se han ofrecido todas las informaciones e indicaciones útiles para comprender mejor el pensamiento del gran maestro de la escuela franciscana.

Duns Escoto, con su espléndida doctrina sobre el primado de Cristo, sobre la Inmaculada Concepción, sobre el valor primario de la Revelación y del magisterio de la Iglesia, sobre la autoridad del Papa y sobre la posibilidad de la razón humana de hacer accesibles, al menos en parte, las grandes verdades de la fe y de demostrar su no contradicción, sigue siendo aún hoy un pilar de la teología católica, un maestro original y rico en impulsos y estímulos, para un conocimiento cada vez más completo de las verdades de la fe.

3. Queridos miembros de la Comisión escotista, me alegra animaros en vuestro trabajo, puesto que, como dice la *Ratio studiorum Ordinis Fratrum Minorum*, «los centros de investigación de la Orden, como la Comisión escotista, mediante su actividad científica y editorial, prestan un servicio de fundamental importancia por lo que respecta a la conservación y la transmisión del patrimonio histórico, filosófico, teológico y espiritual de la Orden» (n.º 124). Aprovecho de buen grado esta ocasión para estimular a los frailes jóvenes a prepararse adecuadamente para continuar la enseñanza y la investigación en los centros de investigación de la Orden.

Expreso mi deseo de que la Comisión escotista publique en el 2004, año en que se celebrará el 150º aniversario del dogma de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen María, el volumen XX, que contendrá el libro III de la Lectura, aún inédito, en el que Duns Escoto, por primera vez, defendió el privilegio mariano y mereció el título de "Doctor de la Inmaculada".

A la Reina de la Orden franciscana encomiendo el trabajo de la Comisión, a la vez que le imparto de corazón a usted, Ministro General, a vosotros aquí presentes y a todos los que hacen posible vuestra actividad, mi afectuosa bendición.

Mensaje al Capítulo general de Asís

(10 de mayo 2003)

APASIONADOS DE CRISTO Y DEL EVANGELIO, TESTIGOS FELICES DEL REINO

Al Reverendo Padre
GIACOMO BINI

Ministro General de la Orden de los Hermanos Menores

1. Me complace dirigirle a usted, Reverendo Padre, y a toda la Orden de los Hermanos Menores mi saludo cordial y de feliz augurio con ocasión del Capítulo general ordinario, convocado en la Ciudad de San Francisco y de Santa Clara. Se celebra en la Porciúncula, y esto reaviva la gozosa memoria de los orígenes de la Orden, nacida bajo la mirada de Santa María de los Ángeles, a la que veneráis como Patrona especial con el título de «Inmaculada».

La Asamblea capitular de «Pentecostés», prescrita por la *Regla* (cf. 2R 8), evidencia el papel fundamental que San Francisco reconocía al Espíritu Santo, a quien gustaba definir como «Ministro general» de la Orden (cf. 2C 193). El Espíritu Santo purifica, ilumina y enciende los corazones con el fuego del amor, conduciéndolos al Padre tras las huellas de Jesús, el Señor (cf. *CtaO* 62-63).

En una circunstancia tan significativa, me agrada renovar los sentimientos de gratitud a esa Familia religiosa por el servicio que presta a la Iglesia desde hace muchos siglos, continuando la obra iniciada por Francisco de Asís y por su discípula Clara. Deseo, además, aprovechar esta oportunidad para ofrecer a los miembros del Capítulo general y, por su medio, a todos los Hermanos Menores algunos elementos útiles para una revisión comunitaria del camino recorrido hasta ahora y para un acción apostólica más incisiva en el mundo de hoy.

2. Al final del gran Jubileo del Año 2000, recordé al entero pueblo cristiano, con la Carta apostólica, *Novo millennio ineunte*, las prioridades espirituales del tercer milenio y no dudé en afirmar que la *santidad* es la perspectiva en la que debe situarse todo camino pastoral (cf. n.º 30). Subrayé que en todo programa de evangelización debe respetarse el «pri-

mado de la gracia [...], la primacía de Cristo y, en relación con él, la primacía de la vida interior y de la santidad» (n.º 38). Además, los Institutos de vida consagrada están llamados a desempeñar un papel especial, pues tienen como misión específica el testimonio profético del Reino de los cielos. Esto entraña una tensión incesante a la santidad. Se comprende así mejor lo que se lee en la Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata*, a saber: «Hoy más que nunca es necesario un renovado compromiso de santidad por parte de las personas consagradas para favorecer y sostener el esfuerzo de todo cristiano por la perfección» (n.º 39).

Si es verdad que «los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno» (*Novo millennio ineunte* 31), en la *Regla* y en las *Constituciones* de vuestra Orden «se contiene un itinerario de seguimiento, caracterizado por un carisma específico reconocido por la Iglesia» (*Vita consecrata* 37). Dicho itinerario ha sido recorrido por muchísimos cohermanos vuestros, santos y beatos franciscanos que observaron con fidelidad heroica hasta la muerte los compromisos libremente asumidos el día de la profesión religiosa. Os prestará una gran ayuda referiros constantemente a ellos, maestros y modelos de santidad, inspirándoos en su ejemplo, ahondando su conocimiento, invocándolos devotamente, conmemorándolos en sus fiestas litúrgicas.

3. El Capítulo general se celebra en la ciudad de Asís, donde resuena perennemente la voz que Francisco oyó tres veces, procedentes de la Cruz: «¡Francisco, vete y repara mi casa, que, como ves, está a punto de arruinarse toda ella!» (*LM* 2, 1).

También en los últimos años, marcados por notables cambios sociales, la Orden ha sido estimulada a hacer actual esta singular llamada, estudiando con detenimiento su significado para vivir el carisma con más coherencia. Esta reflexión ha impulsado a vuestra Familia religiosa a poner más en evidencia el servicio misionero y eclesial confiado por Cristo al joven Francisco y, posteriormente, confirmado por el Papa Inocencio III con las palabras: «Id con el Señor, hermanos, y según él se digne inspiraros, predicad a todos la penitencia» (*1C* 33).

Es importante que la Orden conserve su propio estilo misionero, marcado con el sello de la pobreza y de la vida fraterna, animado por el espíritu de contemplación y por la búsqueda de la justicia, de la paz y del respeto de la creación. Además, es indispensable que todos sus miembros y toda la fraternidad colaboren en la edificación de la única Iglesia de

Cristo, de acuerdo y en plena comunión con los Pastores de las Comunidades cristianas locales.

Así, vuestra Orden, en armonía con los Ordinarios diocesanos, contribuirá a «consolidar y difundir el Reino de Cristo, llevando el anuncio del Evangelio a todas partes, hasta las regiones más lejanas» (*Vita consecrata* 78), gracias a un renovado espíritu de obediencia y a un sincero deseo de comunión eclesial.

4. Que vuestro único objetivo, en toda opción y decisión apostólica, sea la *salus animarum*, como lo fue para el Pobrecillo de Asís, movido siempre y únicamente por el celo de la salvación de los hermanos. En efecto, Francisco, considerando que «el Unigénito de Dios se hubiese dignado morir colgado en la cruz por las almas», «no se creía amigo de Cristo si no amaba las almas que él amó» (2C 172) y «escogió no vivir para sí solo, sino para Aquel que murió por todos, pues se sabía enviado a ganar para Dios las almas que el diablo se esforzaba en arrebatárselas» (1C 35).

La *salus animarum* lo empujó también a promover la dignidad y los derechos de la persona, creada y formada «a imagen de su querido Hijo según el cuerpo y a su semejanza según el espíritu» (*Adm* 5, 1), así como a defender la salvaguardia de la creación, puesto que todas las cosas han sido creadas por Cristo y para Cristo, y todas subsisten en él (cf. *Col* 1, 16-17). Sobre todo, la vida de Francisco se distinguió por una constante tensión espiritual que lo llevaba a ver y a comprender todo a la luz de «la felicidad definitiva que está en Dios» (*Vita consecrata* 33). De este amor suyo a Dios brotaba la ardiente pasión por predicar a los fieles «los vicios y las virtudes, la pena y la gloria» (2R 8, 4). Que éste, queridos Hermanos Menores, siga siendo vuestro «estilo» apostólico en la Iglesia. Hago votos por que de los trabajos capitulares emerjan indicaciones oportunas para hacerlo cada vez más apto para responder a los retos de la época moderna.

5. «¡La mies es mucha, pero los obreros son pocos!» (*Mt* 9, 37). Vienen a la mente estas palabras de Jesús ante la gran extensión del campo de acción y el escaso número de brazos disponibles. Hablar de impulso misionero parece también poco realista cuando se aplica a vuestra Orden, si se tienen en cuenta la disminución del número de sus miembros y el aumento de la media de edad habidos en estos años. Pero esto, en vez de inducir al desaliento, debe más bien, por una parte, impulsar

a intensificar la oración al Dueño de la mies para que «mande obreros a su mies» (Mt 9, 38), y por otra, a buscar nuevas estrategias pastorales y vocacionales.

¿Por qué perder la confianza, si Jesús aseguró a Francisco que él mismo, Jesús, era «el principal responsable» de la Orden? ¿No le prometió acaso: «Yo te llamé, te guardaré y te alimentaré; y si algunos hermanos apostataren, los sustituiré por otros de suerte que, si no hubiesen nacido todavía, los haré nacer?» (LM 8, 3). Conscientes de ello, promoved y acompañad las vocaciones con la oración y con el testimonio de vida, confiando en Aquel en quien «Dios puede suscitar de las piedras hijos de Abrahán y volver fecundos los senos estériles» (Congregación para los Institutos de Vida consagrada y las Sociedades de Vida apostólica, *Comenzar desde Cristo*, 16). Ha hecho bien vuestra Orden en dedicar numerosas energías a la pastoral vocacional y a la formación de los aspirantes a la vida consagrada, en colaboración con otros Institutos de inspiración franciscana y con las Diócesis.

Francisco y Clara de Asís ejercen un gran atractivo sobre los jóvenes, y este atractivo debe utilizarse también para proponer a las generaciones del tercer milenio «una reflexión atenta sobre los valores esenciales de la vida, los cuales se resumen claramente en la respuesta que cada uno está invitado a dar a la llamada de Dios, especialmente cuando pide la total entrega de sí y de las propias fuerzas para la causa del Reino» (*Novo millennio ineunte* 46).

Las celebraciones convocadas por los cuatro Ministros generales de las Familias Franciscanas con ocasión del 750 aniversario de la muerte de Santa Clara pueden constituir, al respecto, una ocasión sumamente oportuna para hacer reconocer mejor las vocaciones a la vida contemplativa, apostólica, eremítica, y seglar franciscano-clareana.

6. Sed vosotros mismos hombres apasionados por Cristo y por el Evangelio, hombres de oración incesante y testigos gozosos de una opción radical por el Reino de los cielos. Vuestro compromiso será tanto más eficaz cuanto más os esforcéis a ofrecer los signos elocuentes de «la primacía de Dios y de los valores evangélicos en la vida cristiana» (*Vita consecrata* 84).

El hábito tradicional, que vestís habitualmente, recuerda, con solo verlo, el estilo de penitencia y de pobreza, de mansedumbre y de acogida, de sencillez y de consagración total a Dios que debe distingueros. Manteneos fieles a vuestro típico carisma, abriéndoos al mismo tiempo,

con sabiduría y prudencia, a las exigencias del apostolado de nuestra época.

El Espíritu Santo, con su luz y su fuerza, os haga capaces de llevar a Cristo «en el corazón y en el cuerpo por el amor y por una conciencia pura y sincera» y de engendrarlo «por las obras santas, que deben ser luz para ejemplo de otros» (2CtaF 53).

San Francisco, Santa Clara, y todos vuestros santos Patronos acompañen los trabajos capitulares y los hagan fecundos para el bien de la Orden y de la Iglesia. La Virgen María, «Estrella de la nueva evangelización», os ayude a permanecer fieles al compromiso misionero al que Francisco sigue exhortándoos con la hermosa expresión: «Pon tu confianza en el Señor, que él te sostendrá» (1C 12).

Dirigios diariamente con el rezo del Rosario, oración exquisitamente evangélica y franciscana, a la «Virgen hecha Iglesia» (SalVM 1), a la Reina de los Apóstoles, a la «Abogada de la Orden» (2C 198).

Con estos sentimientos, a la vez que aseguro a cada uno un recuerdo constante ante el Señor, imparto de corazón a usted, Reverendo Padre, a los Capitulares y a todos los Hermanos esparcidos por el mundo una especial Bendición apostólica.

Asís, Basílica de San Francisco, 27 de octubre 1986

Esta es la lección permanente de Asís: es la lección de San Francisco que encarnó un ideal atrayente para nosotros; es la lección de Santa Clara, su primera seguidora. Es un ideal hecho de bondad, humildad, de un sentido profundo de Dios y de compromiso en el servir a todos. San Francisco era un hombre de paz...

Estimulados por el ejemplo de San Francisco y de Santa Clara, verdaderos discípulos de Cristo... nosotros nos comprometemos a examinar nuestras conciencias, a escuchar más fielmente sus voces, a purificar nuestros espíritus del prejuicio, del odio, de toda enemistad, de celos y envidias. Busquemos ser constructores de paz desde el pensamiento y la acción, con la mente y el corazón dirigidos a la unidad de la familia humana.

**Discurso en la Audiencia con los Miembros
del Capítulo General OFM**
(16 de junio 2003)

*TIENDAN A LA SANTIDAD
CONSEVANDO VUESTRO TÍPICO ESTILO*

Amadísimos Frailes Menores:

1. Me alegra acogeros con ocasión de vuestro capítulo general ordinario, que se está celebrando en la "Porciúncula", en Asís. Dirijo mi saludo cordial al nuevo ministro general, padre José Rodríguez Carballo y, a la vez que le agradezco las amables palabras con las que se ha hecho intérprete de vuestros sentimientos comunes, le expreso mis fervientes deseos de buen trabajo en la ardua tarea que se le ha confiado.

Extiendo mi saludo a su predecesor, Padre Giacomo Bini, a los presentes, a todos vuestros hermanos y, en particular, a los enfermos, a los ancianos y a los jóvenes, que constituyen la esperanza de vuestra Orden para el bien de la Iglesia.

2. Según la antigua tradición, lo que estáis celebrando se llama "Capítulo de Pentecostés", porque desde los inicios tiene lugar en la proximidad de esa solemnidad. Como escribí en el Mensaje que os dirigí, esta circunstancia pone de relieve "el papel fundamental que san Francisco reconoce al Espíritu Santo, a quien solía definir "Ministro general" de la Orden (cf. 2C CXLV, 193). El Espíritu Santo purifica, ilumina y enciende los corazones con el fuego del amor, conduciéndolos al Padre tras las huellas del Señor Jesús (cf. *CtaO* 50-52).

Todo capítulo general constituye un momento de gracia especial para la familia religiosa que lo celebra; una ocasión propicia para reflexionar en el camino recorrido y establecer opciones y líneas operativas para el futuro. El Espíritu Santo os conceda comprender mejor cuáles son las prioridades de la misión que Dios os confía para el bien de la Iglesia y del mundo.

3. En el alba del tercer milenio, los discípulos de Cristo sienten con mayor fuerza la urgencia de la nueva evangelización. También vuestras

Fraternidades comparten este anhelo apostólico y, fieles a su vocación, están decididas a llevar a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo la buena nueva de la salvación ofrecida por Cristo a la humanidad.

Este compromiso misionero dará fruto en la medida en que se cumpla en sintonía con los pastores legítimos, a los que el Señor ha encomendado la responsabilidad de su grey. A este respecto, noto con satisfacción los esfuerzos realizados para superar dificultades existentes desde hace tiempo en algunos territorios. Deseo de corazón que, gracias a la contribución de todos, se logre plenamente el entendimiento con la autoridad diocesana solicitado por mi venerado predecesor, el Papa Pablo VI, y que es indispensable para una obra eficaz de evangelización.

Queridos Frailes Menores, conservad vuestro estilo típico, basado en la pobreza y la vida fraterna, en la docilidad y la obediencia, teniendo fija vuestra mirada en Cristo, como hacía el "Poverello" de Asís, vuestro padre y maestro. Él enseña que "el predicador debe, ante todo, alcanzar en el secreto de la oración lo que después transmitirá en sus discursos. Primero debe calentarse interiormente, para no proferir exteriormente palabras frías" (cf. 2C CXXII 163).

4. Tended a la santidad. Se trata de una verdadera urgencia pastoral para nuestro tiempo. A este propósito, en la carta apostólica *Novo millennio ineunte* firmé que «es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este "alto grado" de la vida cristiana ordinaria» (n.º 31). Amadísimos hermanos, para ayudar a los demás a buscar a Dios por encima de todas las cosas, es preciso que vosotros seáis los primeros en comprometeros en esta ardua pero exaltante ascesis personal y comunitaria, encontrando en vuestra Regla y en vuestras Constituciones «un itinerario de seguimiento, caracterizado por un carisma específico reconocido por la Iglesia» (*Vita consecrata* 37).

Ojalá que los trabajos capitulares, sostenidos por la oración de toda la Orden, contribuyan a acrecentar el espíritu de humilde escucha de Dios y de adhesión filial a las directrices de los pastores de la Iglesia que debe caracterizar a los Frailes Menores. Os asistan san Francisco y los santos protectores de la Orden.

Os acompañe la Virgen María, a la que veneráis como patrona especial con el título de "Inmaculada". Ella, «Estrella de la nueva evangelización», haga que estéis siempre dispuestos a responder con generosidad a la llamada de su Hijo divino. El Papa está cerca de vosotros y os bendice de corazón a vosotros, a vuestras Fraternidades y a toda vuestra familia espiritual.





Indice

Presentación	5
Carta a la Orden con ocasión de la muerte de Juan Pablo II.....	7
21.06.1979: Discurso a los Miembros del Capítulo general de Asís.....	11
02.10.1981: Radiomensaje por la Vigilia franciscana.....	14
26.01.1982: Discurso en el Pontificio Ateneo Antonianum	17
15.08.1982: Carta a los Ministros generales de la primera Orden y de la Tercer Orden Regular.....	23
15.11.1982: Discurso a los Franciscanos comprometidos en la misión popular en la diócesis de Roma.....	35
02.01.1983: Mensaje desde el Eremitorio de Greccio	40
08.05.1985: Mensaje al Capítulo General OFM 1985	45
22.06.1985: Discurso a los miembros del Capítulo General OFM 1985	50
04.05.1991: Mensaje al Capítulo General di San Diego (USA).....	55
23.09.1991: Discurso pronunciado en la audiencia con el Nuevo Definitorio General OFM.....	59
17.09.1993: Discurso a las comunidades franciscanas del Monte Alverna ...	66
26.08.1995: Discurso a los participantes al Congreso sobre el diálogo con los Musulmanes.....	69
05.05.1997: Mensaje a la Orden de los Hermanos Menores con motivo de su Capítulo General.....	71
16.12.1997: Discurso en la Audiencia con el Definitorio General.....	75
01.08.1999: Mensaje con ocasión de la reapertura de la Porciúncula	77
19.09.2001: Mensaje al Congreso Internacional de Rectores de Universidades OFM y Directores de los Centros de Investigación OFM.....	81
16.02.2002: Discurso a la Comisión Escotista Franciscana	84
10.05.2003: Mensaje al Capítulo general de Asís.....	86
16.06.2003: Discurso en la Audiencia con los Miembros del Capítulo General OFM	91